4795

EL AGENTE DE LOS TEATROS.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

FRA-DIAVOLO.

PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Librería de Cuesta, calle Mayor.

Librería de Bailly-Baillere, calle del Príncipe.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del AGENTE DE LOS TEATROS.

FRA-DIAVOLO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS

arreglada á la escena española

POR

D. JERONIMO MORAN.

Música

DE

D. MARTIN SANCHEZ ALLU.

Representada por primera vez en el teatro de la Zarzuela el 21 de febrero de 1857.

MADRID: 1857.

Imprenta de la viuda de D. R. J. Dominguez;
calle de Hortaleza núm. 67.

Personas.	Actores.
ELISA.	D.ª Adelaida Latorre.
PAMELA	D.ª Teresa Rivas.
FRA-DIAVOLO, *bajo el nombre de Marqués en los dos primeros actos.* . . .	D. Jose Carbonell.
LORD BULL.	D. Vicente Caltañazor.
STEFANO	D. Jose Font.
JACOBO	D. Ramon Cubero.
MATEO	D. Manuel Fernandez.
BEPO	D. Francisco Arderius.
TIEPOLO	Sr. Galban.
ASTOLFO	Sr. Chapui.
UN PAISANO.	Sr. Unanue.
UN SOLDADO.	Sr. Rodiel.
OTRO IDEM.	Sr. Lopez.

Aldeanos de ambos sexos, mozos de la posada, soldados, lacayos y bandidos.

La accion pasa en una aldea de los alrededores de Terracina, en 1796.

Esta zarzuela es propiedad del autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó ejecute en algun teatro ó sociedad dramática, sin su prévio permiso.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa el vestíbulo de un meson. El fondo sostenido por dos pilares, deja ver un risueño paisage. Puertas laterales.—En primer término, á la derecha del espectador, una mesa, en torno de la cual aparece bebiendo el coro de soldados.

ESCENA I.

STÉFANO CON EL CORO DE SOLDADOS.

CORO. Echad vino, sargento,
sin tasa ni medida;
que no quede sediento
ninguno en la partida;
el vino es de la vida
el móvil superior;
da la victoria,
da honor y gloria:
viva el licor!
Por él ardiente late
el pecho denodado,

671568

por él en el combate
valiente y esforzado,
el mas débil soldado
pelea con furor...
Da la victoria,
da honor y gloria:
¡viva el licor!
(*Varios soldados á Stéfano.*)
Decid: si ese bandido
de todos tan temido,
cae en nuestro poder ¿qué recompensa
vendremos á obtener?

STÉFANO. Inmensa.
SOLDADOS. Inmensa?
ESTÉFANO. Escudos...
CORO. Cuantos?
STÉFANO. Veinte mil.
CORO. Buen premio!
mañana va á ser rico todo el gremio.
UNOS. Y la gloria ademas!
OTROS. Brava ocasion!
UNOS. A beber otra vez!
CORO. Vino, patron!

ESCENA II.

DICHOS, ELISA Y MATEO, *que entra con nuevas vasijas de vino, retirando las que ya están desocupadas.*

STÉFANO. Por un premio tan magnífico
¿quién no va á los bandoleros,
y les coge, compañeros,
vivo ó muerto, al capitan?
Esos escudos
prontos están:
valor! y hoy mismo
vuestros serán.
CORO. Pues somos, camaradas,
la prez de la milicia,
diez copas bien colmadas
merece la noticia:

y el vino es en justicia
selecto, superior:
Da la victoria:
da honor y gloria:
¡viva el licor!

DECLAMACION.

MATEO (*Acercándose á Stéfano que se ha retirado aparte triste y pensativo*). ¿Qué diablos haceis ahí tan meditabundo, sin reparar que vuestros camaradas, cuyas copas pagais, os están echando de menos?

STÉFANO. Bebed, bebed y no hagais caso de mí, mis buenos compañeros.

UN SOLDADO (*Aparte á los otros*). El sargento parece que cavila.

UNOS SOLDADOS. Algo será ello.

MATEO (*Aparte*). Demasiado lo adivino, y si no veamos los efectos. (*En voz alta.*) Mañana, señores, mi hija se casa con Francisco, el rico labrador de este canton, y quedais todos convidados á la boda.

STÉFANO. (*Ap.*) Primero perder la vida!

SOLDADOS. Mas vino! más vino!

MATEO. Voy corriendo á buscarlo y de lo bueno. (*Vase*).

ELISA (*Acercándose á Stéfano*). ¿Conque os marchais, Stéfano?

STÉFANO. Sí, corro á la montaña á combatir con esos bandidos que tienen aterrado el pais.... y á perecer!

ELISA. Cielos, qué ideas!

STÉFANO. Vais á ser la compañera de otro: vuestro padre lo quiere.... á mí no me resta mas que morir.

MUSICA.

ELISA. Conserva la esperanza
del bien apetecido.

STÉFANO. ¿Qué resta al que ha perdido

la dicha con su amor?

ELISA. Calmar con tus palabras
mi pena, mi tormento.

STÉFANO Adios, tal vez me ausento
por siempre: adios, adios.

ELISA. Irá al combate horrible
mi corazon contigo.

STÉFANO. Tendrá muy triste abrigo
allí tu corazon.

ELISA. ¿Me hieres con tus quejas,
ingrato, en tal momento?

STÉFANO. Adios: tal vez me ausento
por siempre.... adios, adios.

(*Se percibe un grande estrépito en la parte de afuera. Los soldados se levantan*).

ESCENA III.

DICHOS, MATEO, MILORD, PAMELA; *seguidos de un postillon y varios lacayos con librea, en el mayor desórden.*

MILORD, PAMELA Y SU ACOMPAÑAMIENTO.

Amparo, señor!
socorro, favor!
Jamás, vive Cristo,
jamás hemos visto
pais mas horrendo:
á Dios me encomiendo:
amparo, señor!
socorro, favor!

STÉFANO (*Aproximándose á Milord*).
¿Qué estrépito es aqueste,
decid?

MILORD. Señor arquero....

STÉFANO. Qué os pasa?

MILORD. Caballero.

STÉFANO. La facha es de un ingles.
(*Fijándose en Pamela que viene á sentarse.*)
Una mujer!...

MILORD. Oh rabia!
STÉFANO. Y jóven y bonita.
ELISA (*Sosteniendo á Pamela.*)
Qué es esto, señorita?
PAMELA. Yo muero!
ELISA. Decid, pues.
MILORD (*Corriendo hácia su esposa.*)
Milady! Pamela!
Valor! Es mi esposa;
sensible, nerviosa,
cual nunca se vió.
(*Dándola á oler un pomíto.*)
Respira esta esencia:
ya el riesgo ha pasado,
y aquí no hay cuidado,
que estoy aquí yo.
PAMELA. Viaje terrible, fatal jornada;
fija en mi mente siempre estará.
Esta es la Italia tan ponderada?
yo la detesto: quítala allá.
Por todas partes fieros ladrones,
en los caminos, en los mesones,
quítala allá!
Mis encajes, mis sombreros,
mis diamantes, dónde han ido?
cómo, ay Dios! los he perdido?
respondedme, pues, milord.
Si con vida escapo de esta
vuelvo á Londres al momento,
y con vos ya no consiento
viajar nunca, no señor.
MILORD. No mas viajes, no en mis dias
que me cuelguen, voto á bríos,
si en volviendo á nuestra patria
salgo de ella otra vez yo.
CORO. Cerca está, segun parece,
el terrible salteador:
los escudos ofrecidos
ganará nuestro valor.
PAMELA. Tengo, ay Dios! con este susto,
traspasado el corazon:

en volviendo á nuestra patria
no mas viajes, no milord.

MILORD. No mas viajes, no en mis dias, etc.

STÉFANO. En las redes le tenemos;
ya el bandido se perdió:
vamos presto, camaradas
á batirle con valor.

ELISA. Cerca está, divinos cielos,
el temible salteador,
tengo, ay Dios, con esta idea,
oprimido el corazon.

DECLAMACION.

MILORD (*A cercándose á Stéfano*). Habeis de saber, señor sargento....

STÉFANO. Os escucho, milord.

MILORD. Que yo tengo el honor de ser inglés, y que en uso de mis facultades británicas, robé, segun costumbre, á miss Pamela, rica heredera, con la que me he desposado por puro amor.

PAMELA (*Suspirando*). Es verdad.

MILORD. Habeis de saber además, que por evitar persecuciones de familia, dispuse viajar por Italia con mi esposa y con la dote que yo habia alcanzado, segun os he dicho, por amor.

PAMELA (*Suspirando*). Oh sí!

MILORD. El viaje hasta ahora no habia tenido otro contratiempo que cierto marquesito moscon...

PAMELA. Ay!

MILORD. Pero á una legua de aquí nuestro postillon se encontró súbitamente detenido....

PAMELA. Sí, por los facinerosos.... Oh Dios!

STÉFANO. De qué parte venian?

MILORD. Por San Jorge! Si yo los hubiera visto venir! Berr!... Pero cuando nos atacaron, yo dormia profundamente en el carruage junto á milady y...

PAMELA. Ahora milord duerme mas que en los primeros meses de casados; por eso yo le estaba repitiendo sin cesar: esto os acarreará algun disgusto, querido.

STÉFANO. Pero qué es lo que os han robado?

MILORD. Despues de registrarnos hasta lo mas hondo como si fueran aduaneros, se han llevado...

PAMELA. Todos mis diamantes.

MILORD. Que eran primorosos! Oh, primorosos!

PAMELA. Y me caian tan lindamente!

STÉFANO. Esa es la banda que nosotros perseguimos, la de Fra-Diávolo. ¿Hácia qué punto se han dirigido?

MILORD. Hácia la montaña, y con ellos nuestros diamantes.

STÉFANO (*A los soldados*). Vamos, amigos, en marcha. Echad la espuela y corramos tras ellos.

(*Mateo echa de beber á los soldados*).

ELISA (*Acercándose á Stéfano y á media voz*). Dicen que ese facineroso es tan tremendo!... Si te sucediera con él alguna desgracia!

STÉFANO. Antes he podido tener apego á la vida; pero al presente!

ELISA. Stéfano!

STÉFANO. Mañana estareis desposada con otro: habeis tenido mas obediencia para vuestro padre que amor para mí.... Sin embargo, no os lo echo en cara. Adios; sed feliz y pensad alguna vez en el pobre Stéfano cuando haya dejado de existir!

ELISA. Vivirás, vivirás! Yo haré votos por tu buena fortuna, y quien sabe.... (*Enjugándose una lágrima*).

STÉFANO. Vamos, vamos: el deber antes que todo. Espero, milord, traeros buenas noticias.—Adios, señor Mateo.... Adios, Elisa. (*A los soldados.*) De frente, marchen!

(*Vase con los soldados.*)

ESCENA IV.

MILORD, PAMELA, MATEO, ELISA.

MILORD. El pobre sargento parece que va muy conmovido; ese Fra-Diávolo tiene aterrado á todo el mundo.

MATEO. Os engañais. Stéfano no tiene miedo á nadie. Ha servido en el ejército español. Guapo mozo, á quien solo se conoce un defecto.

PAMELA. Y cual es?

MATEO. El de estar enamorado perdidamente; y como no tiene otra fortuna mas que su paga de sargento y balazos en perspectiva....

MILORD. Lo cual no es gran cosa que digamos.

MATEO. Yo nada tengo de codicioso; pero sin embargo, es preciso que la razon.... Si á lo menos contara con diez mil francos de ahorros.... (*Reparando en su hija.*) Vamos, Elisa, guarda esos vasos y esas botellas.

MILORD (*Pensativo*). Si yo lograra escitar el arrojo de las gentes de este pais con el dorado brillo de mis guineas. (*Acercándose á Mateo*). ¿Querríais, buen amigo, estender un anuncio ofreciendo en mi nombre una gruesa cantidad al que nos presentase lo que nos han arrebatado?

MATEO (*Sentándose á la mesa y escribiendo lo que le dicta milord en voz baja*). Con mucho gusto.

PAMELA (*Observando á Elisa que está sentada al estremo izquierdo*). La buena Elisa llora?... Qué pena os aflige?

ELISA (*Enjugándose los ojos*). Ninguna, señora.

PAMELA. No hay que negármelo. El sargento al partir os ha dirigido una mirada que decia: yo os amo mucho!

ELISA. Señora!

PAMELA. Yo sé algo de esas cosas.... son tan dulces los enlaces por amor. No es verdad, milord? (*Con enfado viendo que no le responde.*) Milord!

MILORD (*Al estremo opuesto entretenido con Mateo*). ¿No reparais que estoy ocupado? Lo primero es lo primero. Estendemos el cartel ofreciendo un hallazgo por tus diamantes. (*A Mateo.*) ¿Habeis escrito que daré tres mil francos?

PAMELA. Eso no es bastante; ofreced diez mil. El cofrecillo contiene valor de trescientos mil, y si le hemos perdido vos teneis la culpa, que os empeñásteis en tomar el camino de travesía.

MILORD. Para perder de vista á ese galancete tan entonado y tan pegajoso que nos sigue por todas partes y que se detiene todos los dias en las mismas posadas.

PAMELA. Yo no puedo impedirle que siga el mismo camino que nosotros.

MILORD. Pero podeis evitar las miradas y el cantar, como ayer tarde, esa barcarola, que maldito lo que me divierte.

PAMELA. No podré cultivar la música?

MILORD. Lo que vos cultivais con él es la coquetería.

PAMELA. Yo la coquetería!

MILORD. Sí, milady; yo no soy tonto y os declaro aquí mismo que no lo consentiré mas.

PAMELA. No lo consentireis mas?

MILORD. Está dicho.

(*Durante las coplas siguientes Mateo y Elisa fijan en los pilares los carteles que aquel acaba de escribir*).

MUSICA.

MILORD.

Yo bien quiero que al miraros
digan todos: oh qué bella!
que os admiren como á estrella
que enamora con su luz:
mas que os sigan tan tenaces
por la noche y por el dia,
eso, nones, hija mia,
no soy yo tan avestruz.
Yo soy caballero
y esposo indulgente:
más guardo mi fuero,
y eso es cabalmente
lo que no quiero.
Al pagaros vuestras galas,
del esceso no me asusto;
vestireis á vuestro gusto
muselinas ó tisú;
pero, amiga, no por esto
ser esposo me acomoda
que transija por ser moda....

ya, mujer, me entiendes tú.
Yo soy caballero
y esposo indulgente:
mas guardo mi fuero,
y eso es cabalmente
lo que no quiero.

PAMELA. Aunque cuido de mi adorno,
no me precio de coqueta,
porque soy mujer discreta
y me gusta la quietud;
pero cuando sin motivo
mi conducta se reprueba,
es poner, milord, á prueba
mi paciencia y mi virtud.
Y entonces prefiero
decir francamente
con tono altanero:
eso es cabalmente
lo que no quiero.

DECLAMACION.

MILORD. No quereis? allá lo veremos. Así como así, me va ya estomagando el tal marqués napolitano.

MATEO (*Levantándose y escuchando*). ¡Ese es el ruido de un carruage. (*Mirando á la derecha por el fondo.*) Un landó que se ha detenido! Algun gran señor que viene á hospedarse en mi acreditado establecimiento. (*Viendo entrar al marqués.*) ¡Sí, un gran señor!

ESCENA V.

DICHOS, EL MARQUES.

MUSICA.

MILORD. Qué miro! él es! él es!
PAMELA. Oh gozo! Aquí el marqués.
MARQUES. Aqui Milady bella!
Bendita sea mi estrella!

MILORD. (Malditos sean tus pies!)
MARQUES. Ah! cuán feliz sorpresa!
por suerte ó por azar,
con la bonita inglesa
me vuelvo aquí á encontrar.
MILORD. Con tan fatal sorpresa
yo pienso delirar:
la mira, le interesa,
en qné vendrá á parar?
PAMELA. Me mira y no me pesa,
nos sigue sin cesar:
no se si esta sorpresa
yo debo lamentar.
ELISA Y MATEO. La mira, le interesa
no hay mucho que dudar
¿en qué vendrá su empresa,
por último á parar?
MATEO (*A sus criados*).
Pronto, mozos, al momento
á servir á su escelencia.
MARQUES. No apurarse.
MILORD. Yo rebiento
de corage y de impaciencia.
MARQUES. Pienso estar hasta mañana,
descansando en la hostería.
MILORD (*A Pamela*). Oyes esto?
PAMELA (*Riendo*). Sí.
MILORD. Liviana;
aqui hay trampa ó picardía.
MARQUES. El destino feliz me asegura
en esta aventura
mil goces de amor.
PAMELA. Qué mirada tan tierna y tan pura!
Milord me las jura:
paciencia Milord!
ELISA. Loco está de amorosa ternura;
y el otro se apura:
ay pobre señor!
MARQUES. Oh cuán feliz sorpresa! etc.
MILORD. Con tan fatal sorpresa, etc.
PAMELA. Me mira y no me pesa, etc.

ELISA Y MATEO. La mira, le interesa, etc.

(*Milord, que durante esta escena ha hecho toda clase de aspavientos, obliga á Pamela á entrar en la hostería, y ella al salir hace una reverencia al Marqués*).

ESCENA VI.

El MARQUES, *sentado á la mesa*, MATEO, ELISA, *mozos de la hostería.*

MATEO (*A Elisa*). Vamos, Elisa, á servir al señor Marqués. Yo espero que monseñor quedará complacido del celo de mis criados y de mi hija, á quien dejo al frente de la casa, durante mi ausencia.

MARQUES. Cómo es eso? Vais á marchar?

MATEO. Dentro de breves instantes. Voy á pasar la noche á dos leguas de aquí, en casa de Francisco, mi futuro yerno, para regresar con él y los convidados á la boda mañana por la mañana.

ELISA. (*Ap.*) Ah Dios mio!

MARQUES. Teneis mucha gente en la hostería?

MATEO. Vos, monseñor, y los dos personages que acabais de ver, Milord y Milady.

MARQUES. Nadie mas? (*Despues de un instante de reflexion.*) Milady es bastante bonita, pero Milord parece que tiene una condicion endemoniada.

ELISA. Ah! Vos no sabeis?... Acaba de ser atacado por los facinerosos de la montaña.

MARQUES. Será posible? (*Afectando indiferencia.*) Bah! yo no creo en tales ladrones.

ELISA. Que no creeis en ellos? Yo sí, como en Dios y en la Vírgen de la Pradera, nuestra patrona.

MARQUES. Esos son cuentos para atemorizar á los viajeros. Yo he recorrido de dia y de noche las montañas y jamas he sido atacado.

MATEO. Antes de ahora es posible; mas despues que ese maldito Fra-Diávolo nos ha hecho la gracia de establecerse por estos alrededores...

MARQUES. Fra-Diávolo? Y que casta de pájaro es ese pobre diablo?

ELISA. No habeis oido jamas hablar de un famoso bandido?

MATEO. Que está en todas partes.

ELISA. Sin que se le pueda nunca encontrar en ninguna...

MATEO. Gracias á un amuleto que atrapó en cierta ocasion á un cardenal y que le hace invisible.

MARQUES. Mucho es eso.

ELISA. Mucho? Pues y las balas de los gendarmes que rebotan sobre su piel, como el granizo sobre las piedras?

MARQUES. De veras?

ELISA. Si, monseñor, y como dice la cancion.

MARQUES. Calla!... Con que hay tambien sobre él una cancion?

MATEO. Y muy famosa. Veintidos estrofas! si durante su comida, monseñor, quiere permitir...

MARQUES. Pero, me obligareis á escucharla toda entera?

MATEO. Eso á vuestra eleccion: no se fuerza á nadie.

ELISA. No faltaba mas!

MARQUES. Pues dicho y hecho, ahora mismo.

MATEO. (*Descolgando de la pared un bandolin y dándosele á Elisa*). Toma, hija mia.

ELISA. (*Dejándole á un lado de la mesa*). La cantaré mejor sin él.

MUSICA.

Sobre la punta de aquella roca
No veis un hombre que fiero evoca
la tempestad?
Su talle esbelto cubre la capa,
ancho sombrero su rostro tapa:
mirad, mirad.
Ya receloso desciende al llano,
la carabina brilla en su mano:
temblad, temblad.
Ay, sí! temblad, temblad!
pues cuando ruge el trueno
allá en el hondo seno
de horrenda tempestad,
un eco exánime,

cual grito lánguido,
repite fúnebre
Diávolo, Diávolo!
Aunque á los hombres terror inspira,
porque con ellos solo respira
fatal furor,
con las muchachas que ha detenido,
segun noticias, ha procedido
tal vez mejor.
Y una, entre muchas, la hermosa Andrea
en él pensando volvió á la aldea
con mal de amor,
Horror, horror, horror!
Ay, viendo á la cuitada
confusa y lastimada
por tan estraño amor,
la vista lánguida
y el rostro pálido
dicen los rústicos:
Diávolo, Diávolo!

MARQUES (*Levantándose*).

Tal vez es eso pueril conseja,
que á los miedosos alguna vieja
cantó al hogar.
Tal vez él pague y otro lo coma,
pues sin que él robe, mucho se toma
por el lugar.
Y á cuanto amante que se desliza
el miedo ageno de una paliza
podrá librar!
Así debeis cantar
á todo enamorado,
que ocupe vuestro lado
de noche en el hogar,
si finje hipócrita
amores cándidos:
fúgite, fúgite!
Diávolo, Diávolo!

ESCENA VII.

DICHOS, BEPO, JACOBO, *apareciendo entre los pilares del fondo.*

ELISA. Válgame Dios! Qué es lo que veo?
MATEO. (*Con aspereza*). Qué es esto, qué se ofrece?
BEPO. Venimos á pedir hospitalidad por esta noche.
JACOBO. En nombre de Nuestra Señora de la Pradera.
MATEO. Aquí no se recibe á los mendigos ni á los vagabundos.
BEPO. Somos dos peregrinos, hermanos.
ELISA. Padre si fuese verdad!
MATEO. Con semejante traje?
BEPO. Vamos á cumplir un voto.
MATEO. Cuál?
JACOBO. El de encontrar fortuna.
MATEO. Pues, hijos mios, á otra parte con la música, aquí no conocemos á esa señora.
MARQUES (*Abriendo un bolsillo del que toma una moneda*). Puede ser que sí! Tomad, en nombre de esta linda muchacha.
BEPO Y JACOBO. Ah! Señor marqués!
MATEO (*Admirado*). Cómo! Os conocen?
MARQUES. Sí; son dos pobres diablos que encontré esta mañana y á quienes ya he dado limosna. Para que el socorro sea completo, patron, yo les pago la cena y la posada.
MATEO. Importará un escudo por cabeza.
MARQUES. Por cabeza? De seguro no valen otro tanto! no importa!
MATEO. Desde que el señor marqués se ha interesado por ellos no necesitan mas recomendacion.
ELISA. Mas donde pensais que se alojen?
MATEO. De ningun modo dentro de la casa; sobre todo cuando yo voy á pasar la noche fuera. Juan, tú cuidarás de darles un bocado y les conducirás despues á la granja. (*A los demás mozos de la hostería*). Adentro, y preparad la cena de milord. (*A*

Elisa). Tú, hija mía, me acompañarás nada mas que hasta la ermita y hablaremos de tu prometido. (*Al marqués*). Adios señor marqués, espero que al regresar mañana temprano encontraré aquí á su señoría.

MARQUES. Tambien yo lo espero, porque no acostumbro á madrugar mucho. Con que adios y buen viaje, amigo patron: adios, graciosa aldeana.

(*Los criados entran en la casa, Mateo que ha tomado su báculo y su sombrero, parte por el foro con Elisa*).

ESCENA VIII.

EL MARQUES, BEPO, JACOBO. *El primero sentado á la mesa de la derecha. Los otros dos reconociendo el lugar.*

BEPO (*Tomando la botella que está encima de la mesa y echando un vaso de vino*). A tu salud!

MARQUES (*Volviéndose con imperio*). Qué!

BEPO (*Sin cortarse*). Digo que á tu salud.

MARQUES. Que es esto? Que maneras son esas?

JACOBO (*Quitándose el sombrero*). Disimulad, capitan: es un recluta que no sabe todavía el respeto que os es debido. (*En voz baja á Bepo*). Quítate el sombrero. No está ahora en los pormenores, pero pronto se acostumbrará. Es un antiguo cobrador de contribuciones que quiere recaudar ahora por cuenta propia, como un bravo.

MARQUES. No es bastante ser bravo: es necesario ademas ser atento, político.... en una palabra, saber vivir. Lo principal, sobre todo, en mi banda es el órden y la disciplina. A la primera familiaridad te hago saltar la tapa de los sesos: esto te enseñará.

JACOBO (*á Bepo*). Lo hará como lo dice.

BEPO. Demonio!

MARQUES. Ahora bien. Qué ocurre de nuevo? ¿á qué habeis venido?

BEPO. La empresa ha tenido buen éxito: hemos detenido al inglés y nos hemos apoderado de sus diamantes.

JACOBO. Cuantas indicaciones nos habiais hecho han resultado exáctas.

MARQUES. No es gran milagro; despues de seguirles tres dias la pista, comiendo con ellos en las mismas posadas y cantando todas las tardes mis barquerolas con milady. ¿Creeis por ventura que todo esto no es fastidioso?

JACOBO. Sabemos, capitan, cuanto haceis por nosotros.

MARQUES. ¿Supongo que no habremos perdido ningun camarada, porque milord no se habrá tomado el trabajo de defenderse?

JACOBO. No, capitan: el postillon es un pobre miserable á quien nosotros abandonamos y que ha pedido despues ser dmitido en nuestras filas.

MARQUES. Está en vuestras manos?

JACOBO. Sí.

MARQUES (*Con indiferencia*). Que se le fusile: no me gustan los tránsfugas. Y puesto que gracias á milord poseemos esos diamantes, enviarás seis mil escudos á Fiorina, la jóven cantatriz á quien protejo.

JACOBO. Bien, capitan.

MARQUES. Es esto todo?

JACOBO. No, ciertamente.

MARQUES. Que mas teneis que decirme?

JACOBO. El emisario del coronel Roberto ha vuelto á buscaros.

MARQUES. Trata de reclutarnos para el ejército francés. Se pensará. Qué mas hay?

JACOBO. Capitan.... un contratiempo.

MARQUES. Cómo!

JACOBO. El cofrecillo de que vos nos habiais hablado y que milord debia llevar en su carruage.....

MARQUES. Quinientos mil francos en oro que conducia con objeto de colocarlos en Liorna en casa de un banquero. Milady al menos así me lo habia confiado.

JACOBO. Imposible encontrarlos!

MARQUES. Imbecil! malograr una ocasion como esa.

JACOBO. Os juro capitan, que por nuestra parte....

MARQUES. Está visto que no puede un cristiano hacer sus negocios sino por sí mismo! Pero, voto al dia-

blo, que yo sabré á toda costa donde para ese oro. Dejadme. (*Ap.*) Vamos, será preciso continuar mis pasatiempos musicales con milady. Buena fortuna tienen estos bribones con tenerme á su frente (*Mirando adentro*). Ella es! (*A Bepo* y *Jacobo*). Qué es esto? no habeis partido aun? (*Los dos se van por la derecha*).

ESCENA IX.

El Marques, Pamela.

Pamela (*Saliendo de la casa*). Yo misma os arreglaré vuestro ponche, milord.

Marques (*Adelantándose*). Encantadora milady!

Pamela (*Alarmada*). Como! estais aquí todavía? ¡Y mi esposo en la estancia inmediata! Bien sabeis que es celoso como un Otelo.

Marques. ¿Será capaz de ofenderse porque ensayemos un duo? Le agraviais, milady; yo no le juzgo tan ridículo como todo eso. (*Tomando el bandolin que Elisa dejó sobre la mesa*). No perdamos la ocasion puesto que este instrumento nos está convidando á que prosigamos aquel aire que comenzamos ayer.

Pamela (*Mirando á dentro*). Por mí no hay dificultad; pero si él...

MUSICA.

Marques (*Entusiasmado alegremente*).

Contra viento y marea
va el gondolero,
porque en la opuesta orilla
tiene á su dueño,
y en brazos de ella
de los vientos contrarios
ya no se acuerda.

DECLAMACION.

Pamela. Callad, por Dios! Si milord llega á oirnos.

MARQUES (*Dejando el bandolin*). Condenarme así al silencio, milady, cuando mi corazon... ah! me pedis un imposible!

PAMELA. Pero debeis comprender, marqués, que aunque no me seais indiferente, mis deberes me impiden escucharos.

MARQUES. Callaré, milady; seré mudo; pero no os alejeis; dejadme que contemple en silencio esos hechizos que me enagenan.

PAMELA. Marqués, marqués, no os burleis de ese modo.

MARQUES. Yo burlarme! y de qué? por ventura de esos ojos hechiceros, de ese rostro divino?

PAMELA. Adulador!

MARQUES. De ese talle gentil como la palma del desierto?

PAMELA. Lisonja, nada mas que lisonja.

MARQUES. Ah! no comprendeis el efecto que vuestra presencia produce sobre mis sentidos. Ese aire tan distinguido, ese cuello de cisne realzado por ese precioso cintillo de brillantes.

PAMELA. Estos diamantes? Ah, qué recuerdo! Son los únicos que he podido salvar de la rapacidad de los foragidos.

MARQUES (*Ap.*) Torpes. (*A ella.*) Ah! comprendo; habreis puesto todo vuestro conato en salvar esa joya, porque encierra acaso algun objeto amoroso. Esta sospecha me asesina (*Acercándose á ella*).

PAMELA (*Retirándose*). Menos entusiasmo, señor marqués.

MARQUES. Vos no sabeis lo que son celos? el secreto que encierra esa joya...

PAMELA. No encierra mas que un regalo de mi esposo (*Quitándose el medallon y enseñándoselo al marqués*). Ya veis que es una cosa bien inofensiva. Mi retrato.

MARQUES. Vuestro retrato! ah! dejádmelo devorar con la vista! (*Ap.*) Cinco, doce, diez y ocho diamantes! alhaja de príncipes!

PAMELA. Le encontrais parecido?

MARQUES. Que si le encuentro parecido? Vos sois un

prodigio de la naturaleza, y este un prodigio del arte. Sí, sí, esta es su dulcísima mirada, estas sus mejillas de carmin y nieve, este el rubí ardiente de sus labios; la veo... la escucho... es ella... es ella.

PAMELA. Pero qué frenesí?

MARQUES. Todos mis sentidos están concentrados en uno solo; en mis ojos. Delicioso! Delicioso! Delicioso! (*Transicion de la dulzura á la cólera*). ¿Y esto ha de pertenecer á mi rival aborrecible? Oh milord, milord! ahora comprendo el crimen! vuestro, semejante tesoro!... jamás! jamás! (*Metiéndose el medallon en el bolsillo*).

PAMELA. Qué es lo que haceis?

MARQUES. Me apodero de él.

PAMELA. Pero advertid, marqués...

MARQUES. Jamás, jamás me desprenderé de tan precioso objeto.

PAMELA. Caballero...

MARQUES. Sí, descansará siempre aquí sobre mi corazon.

PAMELA. Ah, mi marido!

(*Al salir milord, el marqués, tomando vivamente el bandolin, vuelve á entonar el primer motivo*).

Contra viento y marea
va el gondolero,
porque en la opuesta orilla
tiene á su dueño.
¡Feliz si al cabo
obtiene alguna prenda
de sus encantos!

ESCENA X.

LOS PRECEDENTES, MILORD, *colocándose en medio de ambos.*

MILORD. Bravo, bravo, bravísimo!

PAMELA. Ah! estábais ahí?

MILORD. Aquí estoy en este momento; pero hace muy poco que me impacientaba adentro aguardando mi ponche.

PAMELA. Repetíamos.

MILORD. Me estomagan las repeticiones.

PAMELA. Nuestra barquerola.

MILORD. Me revientan las barquerolas.

MARQUES. Permitid, pues, milord: en tanto que vos bebeis vuestro ponche, nosotros bien podemos cantar...

MILORD. Pero es el caso que yo no quiero beber; me habeis entendido?

MARQUES. Y por qué faltar así á vuestra buena costumbre?

MILORD. Dale bola! ya no tengo buenas costumbres; he perdido la sed.

MARQUES. Despues de la pérdida de vuestros diamantes?

MILORD. Si fuera eso solo!

MARQUES. Cómo? ¿Habrá llegado vuestra desgracia al estremo de perder los quinientos mil francos que pensábais colocar en Liorna?

MILORD. No, señor marqués, están sanos y salvos.

MARQUES. Respiro; porque esa pérdida me hubiera afectado tanto como á vos mismo.

PAMELA. Cuan bueno sois!

MARQUES. Me proponía ofrecer á vuestra disposicion mi cartera...

MILORD. Os doy mil gracias (*Sacando su cartera*). Tengo bien provista la mia.

MARQUES. Provista? Es admirable. ¿Cómo os habeis arreglado para salvar vuestro oro?

MILORD. De un modo muy diestro que aun no he revelado á nadie.

MARQUES. Teneis mucho ingenio.

MILORD. Ah! yo lo creo!

PAMELA. Cambiando las piezas de oro en billetes de banco y haciéndolos despues coser...

MARQUES. En donde?

MILORD. Adivinad.

MARQUES. Yo no adivino jamás nada.

MILORD. En mi propio vestido y en la ropa de mi esposa.

MARQUES. Vaya un capricho! escéntrico como un in-

glés! (*Riéndose en torno de milady*) Conque es decir que esas riquísimas telas... Ja, ja! esto no tiene precio.

MILORD (*Riéndose tambien*). Ja, ja, ja estamos algodonados con oro. Qué talento!

MARQUES. Valeis un potosí, querido milord! (*Suena en el campo una marcha guerrera, milord y Pamela van á mirar por el foro*).

MILORD Y PAMELA. Escuchad.

MARQUES. Qué significa ahora esta marcha guerrera? (*Bepo y Jacobo entran misteriosamante y dicen al marqués*).

BEPO Y JACOBO. Un sargento con tropa dirije aquí sus pasos... huyamos!

MARQUES. Quietos aquí, cobardes! ¿No estoy yo con vosotros?

ESCENA XI.

DICHOS, STÉFANO, CORO DE SOLDADOS, ELISA, MOZOS DE LA HOSTERIA, ALDEANOS.

MUSICA.

CORO.
Cantemos la victoria
que nuestra noble saña
arriba en la montaña
acaba de ganar.
A nuestros fieros golpes
tremendos, repetidos
muy pocos foragidos
lograron escapar.

ELISA.
Stéfano! Dios mio!
Oh dicha sin igual!

MILORD Y PAMELA.
Contadnos todo el caso
valiente militar.

STÉFANO.
Siguiendo silenciosos
su oblicuo derrotero,
sobre un desfiladero,
dijimos, «alto allá,»
y solo á sus mosquetes

oimos contestar,
plin plan,
plin plan.

MARQUES (*Ap.*) Y yo de allí lejano,
maldigo tal azar!

STÉFANO. Entonces con arrojo
sobre ellos descendimos,
luchamos y vencimos:
horrible mortandad!

PAMELA Y MILORD. Gran premio habeis ganado
bizarro militar!

MARQUES. Y no estaba con ellos
allí su capitan!

STÉFANO. En tanto que unos pocos
lograron escapar
el eco en la montaña
decia sin cesar....

CORO. Cantemos la victoria
que nuestra noble saña
arriba en la montaña
acaba de ganar.
A nuestros fieros golpes
tremendos, repetidos
muy pocos foragidos
lograron escapar.

DECLAMACION.

MILORD. Me alegro, me regocijo, me.... Pero vamos por órden. ¿Cuáles han sido los resultados de la batalla?

STÉFANO (*A milord*). Entre los salteadores tendidos en el campo, se ha encontrado este cofrecillo.

MILORD. El mio!

PAMELA (*Casi al mismo tiempo*). El mio!

PAMELA Y MILORD. Oh suerte dichosa!

MARQUES. (*Mirando á Stéfano y ap.*) ¡Por él pierdo mis camaradas y mi tesoro!

STÉFANO. Yo os doy mi parabien y me despido.... Adios, milord.

ELISA. Abandonar tan pronto esta morada!

STÉFANO. Es indispensable.

ELISA. Por qué partir á esta hora?

MILORD. No será sin beber primero un ponche con vuestros camaradas. Esto restaura las fuerzas.

STÉFANO. El capitan de los bandoleros es del número de los fugitivos; mas yo sigo su rastro y no podemos menos de encontrarle. Adios Elisa.

PAMELA (*Deteniéndole*). Un solo instante buen amigo. (*A milord*). Esposo? necesito vuesta cartera.

MILORD. He!

PAMELA. Vuestra cartera. (*La toma de manos de milord, y sacando algunos billetes se acerca á Stéfano*). Milord que aprecia mucho á los hombres de corazon, os es deudor de estos diez mil francos. (*Indicándole los anuncios fijados en los pilares*). Leed aquellos carteles.

STÉFANO (*Reusando los billetes*). Jamás! ¿Qué idea es la vuestra?

PAMELA (*A media voz*). Este es el dote de la hermosa Elisa. Aceptad. Hay aquí un tesoro que podeis compartir mañana....

ELISA (*Tomando los billetes con viveza*). Vengan; yo acepto por él. Ya es rico, Dios mio! mas rico que su rival.

STÉFANO. De suerte que ya puedo...

ELISA. Pedir a mi padre...

STÉFANO. Tu corazon...

ELISA. Y mi mano.

STÉFANO. Oh suerte favorable! (*Estrecha las manos de Elisa y en seguida va á hablar á los soldados*).

MARQUES (*Despacio á Bepo y Jacobo en el proscenio á la derecha*). Todo nos favorece: su padre no vuelve hasta mañana.

BEPO. Mas esos soldados?

MARQUES. ¿No habeis oido que van á salir de aquí para cojerme?

STÉFANO. (*En el fondo*). Marchemos, valientes camaradas.

MARQUES (*Despacio á sus compañeros*). El oro, los diamantes y la dote de Elisa, esta noche...

BEPO. Son nuestros y los recobraremos.

MUSICA.

STÉFANO (*A los soldados*).
A marchar!
CORO. A marchar!
STÉFANO. Con gloria y con riqueza
mañana, Elisa mía,
nuestra fortuna impía
feliz se tornará.
CORO. A marchar! á marchar!
ELISA. Adios y quiera el cielo,
Stéfano adorado,
que instante tan ansiado
no se dilate mas.
CORO. A marchar! á marchar!
(*Cantan juntos á un tiempo las tres siguientes estrofas en la forma que se indica*).
MARQUES, BEPO Y JACOBO.
Venganza! Sí, esta noche
el filo del puñal
de tan horrible ofensa
venganza tomará.
MILORD Y PAMELA.
esposa
Pues hemos vuelto
esposo
el cofre á recobrar
tratemos esta noche
de su seguridad.
ELISA Y STÉFANO.
amado mío
Adios
amada mía,
la noche avanza ya,
y el sol nuestra ventura
mañana alumbrará.
CORO. Cantemos la victoria
que nuestra justa saña, etc.
(*Stéfano, á la cabeza de los soldados desfila por el fondo, mientras que los mozos de la hostería traen luces*

al marqués, á Pamela y á milord, que se dan las buenas tardes. Un mozo enseña á Bepo y Jacobo la granja que está á la derecha del teatro y les conduce en tanto que los demas personages entran en la casa.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una pieza de la posada. A los dos lados, haciendo frente al espectador, puertas vidrieras que dan entrada á dos gabinetes. En segundo término á la izquierda una cama con un sillon de brazos al lado. En el mismo lienzo una mesa con un tocadorcito pobre. A la derecha, segundo término, una puerta que conduce á las habitaciones interiores. En el fondo una ventana grande sobre la calle. Es de noche.

ESCENA I.

ELISA, *entra por la puerta de la derecha dejándola abierta y dice las primeras palabras figurando hablar con los que están dentro. Trae dos palmatorias encendidas.*

Bien, bien: estoy al corriente de todo. No creais nada de eso, milord. Mientras vos y milady permaneceis en la mesa, yo voy á arreglar vuestro cuarto. (*Coloca las luces sobre la mesa*). ¡Vaya una vida divertida! Esto es una Liorna. Yo creo perder la

cabeza. Tanto ir y venir y correr al ruido de veinte campanillas, escuchando á cada paso los requiebros de todos. Gracias á Dios que tengo un instante mio: que puedo pensar á solas en él, en mi Stéfano. Al menos ya que no tenga tiempo padecirle cuanto le amo, me lo repetiré á mi propia y una y mil veces. Ah! pero no será por largo tiempo! No lo dije? Aquí tenemos ya á la pareja inglesa. (*A milord y milady que entran*). Cuando gusteis, señores; vuestra habitacion es la que está al estremo del corredor.

ESCENA II.

MILORD Y PAMELA.

PAMELA (*Al salir*). Despues que tomais vuestro ponche os poneis insufrible; os repito que no quiero dormir.

MILORD (*Cantando*). Bebiendo á placer
despues de cenar,
qué resta que hacer?
tornar á beber,
dormir y roncar.
Cuando arde en la ponchera
la llama azul del rom,
quisiera y no quisiera,
preciosa compañera,
ponerme en combustion.
Bebiendo á placer, etc.

PAMELA. Hareis al fin que me desespere, milord: siempre teneis el sueño en los labios.

MILORD (*Bostezando*). Tu dixisti, milady.

PAMELA. Os parece esto razonable? (*Muy afligida.*) Ah, cómo cambian los hombres!

MILORD. Qué estais diciendo?

PAMELA. Que cuando me robásteis hace un año no os dormíais con tanta facilidad.

ESCENA III.

DICHOS, ELISA.

ELISA. Cuando gusteis, señores; vuestra habitacion es aquella (*Señalando el gabinete de la izquierda*).

MILORD. Ya lo oyes; esta jóven padece tambien el achaque del sueño, conque sús... y á dormir todo el mundo. Mañana tenemos que partir y es preciso madrugar con el alba.

PAMELA. Partir mañana? no penseis en eso; todavia no he echado fuera de mí el susto de los bandidos. Ademas, mañana se casa esta muchacha con el valiente jóven que ha recuperado nuestros brillantes, y debemos concurrir á la boda. Me parece muy puesto en el órden.

ELISA. Ah! la Vírgen os lo pague, generosa milady.

MILORD. Corriente, no riñamos por eso; pero el ponche está haciendo su efecto, y... (*Bostezando*). Ya lo veís, no lo puedo remediar.

PAMELA. Vamos pues, esposo intransigente.

MILORD. Intransi... qué?

PAMELA. Marido dormilon.

MILORD. Cuanto quieras; pero dímelo andando.

PAMELA. Andando. (*Milord toma del brazo á Pamela hasta la puerta del gabinete. Al soltarla para que pase por delante echa de menos el medallon*).

MILORD. Ah! oh! uff!... alto aquí.

PAMELA. Qué te sucede?

MILORD. ¿Donde habeis echado el retrato que llevábais al cuello?

PAMELA. El medallon?

MILORD. Justamente.

PAMELA. (*Ap.*) Ah! no sé qué decirle.

MILORD. Hablad, milady. Sin titubear!

PAMELA. (*Acariciándole*). El medallon? ah, ya me acuerdo. Y á qué viene ahora esa pregunta?

MILORD (*Desasiéndose*). Esa no es una respuesta. Pensais que todavía estoy medio dormido? no, milady: me habeis despabilado por completo.

PAMELA (*Como sofocada*). Eso es sospechar de mí: eso es pedirme cuentas.

MILORD. Esto es que me estais haciendo bramar de cólera.

PAMELA. Menos furia, señor celoso: vamos y adentro os dejaré convencido.

MILORD. Pues volando, milady; á convencerme.

(*Elisa toma una luz y los precede alumbrándoles*).

ESCENA IV.

EL MARQUES, *entrando misteriosamente por la puerta de la derecha.*

Todo yace en silencio y nadie me ha visto subir esa escalera. Pongámonos al corriente, pues nunca estará demas reconocer bien el terreno. La segunda cámara me han dicho que está al estremo del corredor. Será por aquí? (*Mirando por la puerta del gabinete de la derecha*). De ningun modo. Este es un cuarto oscuro con ropas y trastos viejos. (*Examinando el costado opuesto*). Entonces he aquí sin duda la puerta del corredor que conduce al cuarto del inglés. No tiene otra salida y por lo tanto nuestro proyecto es cosa bien sencilla. Ya es tiempo, pues. de avisar á mis dos perillanes que continuan alojados en la granja. (*Abriendo la ventana del fondo y dando un silbido debil y prolongado*). Los perezosos! Nada; no se ve á nadie. Tal vez estarán rondando al rededor de la casa. Vamos, ya parece que acuden al reclamo.

(*Bepo y Jacobo aparecen en la ventana del fondo*).

ESCENA V.

EL MARQUEL, BEPO, JACOBO.

MARQUES. Entrad sin ruido.

JACOBO (*Saltando á la escena*). Hemos tenido que aguardar hasta ahora, para salir, sin ser vistos, de la granja.

BEPO (*Saltando como Jacobo*). Pero ya, gracias al diablo, nos teneis aqui á vuestra disposicion.

MARQUES. Mucho silencio. Milord y su esposa acaban de entrar en su cuarto.

JACOBO. ¿Y los cien mil escudos en diamantes que nos han sustraido?

BEPO. ¿Y los quinientos mil francos en billetes, que nos han escamoteado?

MARQUES. Están allí... con ellos. (*Viendo que los dos hacen movimiento para dirigirse al gabinete*). ¿Dónde vais?

JACOBO. A recobrar lo que es nuestro.

MARQUES. Un instante. No deben de haberse dormido todavía, y ademas, se encuentra en su cámara la jóven Elisa, que ya no tardará en salir.

BEPO. A propósito. Tambien tenemos con esa muchacha cuenta pendiente por aquellos diez mil francos que ha distraido de nuestra masa comun.

MARQUES. Volverán á nosotros; pero á qnien yo tengo mas ojeriza es al sargento su amante, que nos ha privado de una veintena de valientes; y por San Diávolo, mi patron, yo me he de vengar de él, ó no correría por mis venas sangre italiana.

ELISA. (*Dentro á la puerta de la izquierda*). Buenas noches; mirad si se os ofrece alguna cosa.

MARQUES. Ya viene (*Indicándoles el gabinete de la derecha*). En este gabinete, pronto, detras de estas cortinas.

BEPO. (*Dudando*). ¡Estas cortinas!

MARQUES. Sí; hasta que esa muchacha haya partido. (*Entran los tres en el gabinete de la derecha, volviendo á entornar las vidrieras*).

ESCENA VI.

DICHOS, *escondidos*. ELISA, *con una luz*.

ELISA. Buenas noches milord; buenas noches milady. Oh! dormireis bien: la casa es muy segura y muy tranquila. (*Dejando la palmatoria sobre la mesa*). Gracias al cielo! ya está todo el mundo acostado

y no me pesará á mí por cierto hacer lo propio... Me ha dejado tan fatigada este dia! A dormir pues, porque ya es muy tarde y mañana será necesario estar en pie asi que amanezca. (*Se acerca á la cama, de la cual separa la cubierta*). Mi cama no es como la de milord, no ciertamente. (*Dobla la cubierta y va á colocarla sobre una silla que habrá á la entrada del gabinete de la derecha, dejando abierta la puerta, la cual debe abrirse hácia fuera, es decir del lado del espectador*). Pero, qué importa? pienso dormir mejor que esos señores. Soy tan dichosa! (*Se acerca á la cama volviendo la espalda al gabinete*).

JACOBO (*Apareciendo á la puerta que dejó abierta Elisa*). Ola! Parece que ya está en su cuarto.

BEPO (*Asomándose tambien*). Qué vamos á hacer?

MARQUES. Aguardar á que se acueste y se duerma.

ELISA. Mañana temprano vendrá Stéfano y pedirá mi mano á mi padre. Oh! y esta vez no podrá reusársela porque ya es rico, tiene diez mil francos. (*Sacándolos de su corpiño*). Hélos aqui! Vaya si son suyos; ganados con riesgo de su vida en la persecucion de los bandidos, á quienes Dios confunda. Pero señor, que estos papeles representen tanto dinero! Tengo un miedo de que se estravíen, porque entonces no podríamos casarnos.... Oh! no me abandonarán, no! De dia encerrados en mi pecho, durante la noche, bajo mi cabecera.

BEPO (*Ap. en el gabinete*). Pícaros billetes!

MARQUES. Quiéres callar?

ELISA (*Se acerca á la mesa, recogiendo algunos objetos y haciendo otros preparativos para acostarse*). Y Francisco que llegará mañana con ínfulas de nevio. Pero de esto mi padre tiene la culpa. Yo hablaré francamente: yo le diré que no le amo: al menos esto le consolará: y mañana, Dios mio! á estas horas seré, ya la esposa de Stéfano? ¡He soñado tantas veces con esa dicha!.... (*Durante el preludio del aire siguiente se quita los adornos del peinado y empieza á recogerse los rizos delante del espejo*).

MUSICA.

Mañana al fin me caso
con el que adoro:
mi corazon sensible
salta de gozo.
Haremos sin duda
mejor matrimonio
que las que se llaman
gentes de buen tono:
ni yo seré falsa,
ni él será celoso;
y amor nos tendremos
sin fin uno y otro:
sí, sí: pensando en ello
brinco de gozo.
(*Al tratar de quitarse la pañoleta hace un movimiento como de quien se clava un alfiler*).

DECLAMACION.

Ay, ay, ay! Caramba! Que pensando en la sal de la boda, me he dado un buen picotazo en el dedo con este pícaro de alfiler.

Bepo (*Mirando desde la puerta*). Así está divina. (*El marqués le hace un ademan de amenaza*). Ya no hablo, no miro.

Marques (*Apartándole y ocupando su puesto.*) Fuera, aquí soy yo quien debe observar.

MUSICA.

Elisa (*Continuando los preparativos para acostarse*).
Estoy bien segura
de que este consorcio
va á causar envidia
á todas, y á todos.
Que es lindo mi talle
me dice mi novio.
(*Mirándose al tocador y haciendo dengues.*)

Y el espejo? bravo!
me dice lo propio:
sí, sí: pensando en esto
brinco de gozo.

DECLAMACION.

MARQUES *y los otros dos sin poder contener la risa.* Ja, ja: esto es muy divertido.

ELISA (*Alarmada*). Me parece haber escuchado ciertas risas... Será en la cámara de milord?

(*Yendo á escuchar hácia el gabinete*).

Pero cómo es posible? Ya no me acordaba: los ingleses no se rien nunca.

(*Volviendo otra vez con alegría hácia el tocador, se quita el collar, el delantal y las mangas, quedándose con el cuello y los brazos desnudos: y repite el estrivillo*).

Mañara al fin me caso
con el que adoro:
mi corazon ay cielo!
brinca de gozo.

(*Se sienta en el sillonen actitud de descalzarse*). Vamos, vamos: es menester dormir.

MARQUES. Esta muchacha es dichosa.

JACOBO. Y bonita.

BEPO. Bocato di cardinale.

ELISA. Stéfano! Perdona si tu dulce recuerdo me abandona por un instante. Pero antes de dormir tengo obligacion de orar á mi santa patrona. (*Arrodillándose junto al sillon donde está sentada*).

MUSICA.

¡Oh Vírgen pura, en quien confío
velad por él,
velad por mí:
haced que siempre el dueño mío
adore fiel
mi frenesí.

(*Al fin de la plegaria, rendida gradualmente por el sue-*

ño, deja caer la cabeza sobre el sillon y se queda dormida en dicha postura. El marqués, Bepo y Jacobo, salen del gabinete).

LOS TRES. Entremos con cautela,
sin ruido y sin chistar,
y al fin nuestra venganza
cumplida quedará.

MARQUES *(Acercándose á la luz y apagándola).*
Cuán bella está dormida!

BEPO. Tiempo era. Voto á tal!

JACOBO. Y gracias que ha quedado,
á medio desnudar.

BEPO. Milord tambien del sueño
rendido ya estará:
entremos en su alcoba.

MARQUES. Sin ruido!

BEPO Y JACOBO. Y sin chistar.

JACOBO (*Desnudando su puñal*).
Con esto en todo caso,
sabré hacerle callar.

LOS TRES. Entremos, pues, entremos;
valor! serenidad!
al fin nuestra venganza
cumplida se verá.

BEPO *(Deteniéndoles y señalando á Elisa).*
¿Y si esta muchachuela
llegase á despertar?

MARQUES. Prudente es el buen Bepo:
no ha discurrido mal,
sus gritos nuestra hazaña
pudieran malograr.

JACOBO. Qué hacer?

BEPO. Qué hacer? Por ella
debemos empezar.

JABOBO (*Al marqués*).
Fra-Diávolo lo aprueba?

MARQUES. Gran lástima me dá!

JACOBO. Escrúpulos de monja
son esos, capitan.

MARQUES. Bellaco!.. toma... y hiere:
(Dándole su puñal).

ahí tienes mi puñal.

LOS TRES. Entremos con cautela,
sin ruido y sin chistar:
al fin nuestra venganza
cumplida quedará.

(*Jacobo se coloca, con puñal en mano, junto al sillon donde está reclinada Elisa: esta, dormida, repite como en sueños algunos compases de su plegaria*).

ELISA. Oh Vírgen santa! en quien confío:
velad por él,
velad por mí
(*Jacobo, turbado, vacila*).

BEPO. No ves que sueña?... hiere!

MARQUES. Cobarde! sin temblar.

(*Jacobo levanta el brazo de nuevo y va á dar el golpe á tiempo que se oye llamar fuertemente en la puerta de la calle: los tres se detienen admirados*).

DECLAMACION.

JACOBO. Eso es afuera, en la puerta principal.

MARQUES. Qué significará ese ruido? (*Golpean de nuevo*).

ELISA (*Estendiendo los brazos y sin levantarse*). Allá voy! ya me despierto. Quién llama de esa suerte? á media noche!

CORO DE SOLDADOS (*cantando dentro*).
Abrid pronto á los soldados,
porque llegan fatigados,
y descanso han menester:
los domésticos y el dueño,
sacudid todos el sueño,
ó la puerta va á caer.

BEPO (*Sobresaltado*). Los carabineros, capitan!

MARQUES (*con frialdad*). Tienes miedo?

BEPO. Qué les traera?

STÉFANO (*Desde la calle*). Elisa, Elisa. No me oyes? es tu amante que vuelve á tu lado.

ELISA (*Dirigiéndose á la ventana con grande alegría*). Es Stéfano!

JACOBO. Gran Dios!

MARQUES (*Con ira*). Ah! yo me vengaré; mas ahora es indispensable la prudencia: retirémonos en silencio.

BEPO. Aprisa; al cuarto oscuro. (*Retíranse los tres al gabinete*).

STÉFANO *y el coro dentro.*

Los domésticos y el dueño,
sacudid todos el sueño,
ó la puerta va á caer.

ELISA (*Durante el coro precedente ha procurado arreglarse algun tanto el traje*). ¡Un instante: tened un poco de paciencia por la Vírgen Santísima! (*Abriendo la ventana del fondo y asomándose*). ¿Es cierto que eres tú, Stéfano?

STÉFANO (*Fuera*). Yo mismo, en cuerpo y alma.

ELISA. Estás bien seguro?

STÉFANO. Tan seguro como que hace una hora que me estais haciendo aguardar al raso con mis camaradas.

ELISA. (*Con sencillez*). Pero cuando á una la sorprenden de esta manera, qué quereis que suceda? Ademas esos golpazos me han hecho despertar sobresaltada, y... pero tened; ahí va la llave: así se gana mas tiempo. (*Echando una llave por la ventana*). Entrad por la cocina. Allí hay luz encendida. (*Cierra la ventana y vuelve á acabar de arreglarse*). Abreviemos; en tales apuros, con un refuerzo de alfileres... (*Oyese ruido en la habitacion de milord*).

MILORD (*Dentro*). Calmaos, milady. Yo iré á ver que diablos sueltos andan por ahí.

ESCENA VII.

ELISA, STÉFANO, *entrando por la puerta de la derecha, despues* MILORD.

ELISA (*Viendo á Stéfano y echándose precipitadamente la pañoleta á los hombros*). Ay Dios mio! ¿Ya estais aquí? No se entra de ese modo á sorprender á las personas: es muy mal hecho.

STÉFANO. Dispénsame, Elisa: estás así tan linda!

MILORD (*Saliendo con gesto de mal humor*). Está de Dios que por fas ó por nefas no han de dejar á un hombre dormir tranquilo... Qué veo! El sargento. ¿Qué bataola es esta y que traeis vos por aquí á estas horas?

STÉFANO. Famosas noticias. Creo que el señor Diávolo cae de esta vez en el garlito.

ELISA Y MILORD. De veras?

STÉFANO. Nos habian dirigido mal y por consiguiente le perseguíamos en direccion contraria; mas por fortuna á tres leguas de aquí nos encontramos con un molinero que nos dijo: señores yo sé donde está el bandido que perseguís, y lo que es á la hora esta no le encontrareis en la montaña. Conozco bien su figura, porque he sido su prisionero por espacio de dos dias. Ayer le ví pasar en una berlina descubierta por el camino que conduce á Terracina.

ELISA. Será eso verdad?

STÉFANO. Yo así lo creo, porque ese honrado mozo se ha ofrecido á ser nuestro guia, y abajo le tenemos con mis camaradas, dispuesto á designarnos á Fra-Diávolo en cuanto le eche la vista encima. Ya veis si podemos ahora seguirle la pista con mas confianza. Pero antes he dispuesto que mis pobres soldados descansen algunas horas, porque han caminado toda la noche, están desfallecidos y se mueren de hambre.

MILORD. Morirse de hambre! esa es una muerte muy poco decente.

ELISA. Y vos, Stéfano?

STÉFANO. Lo mismo que ellos. ¿O pensais que por ser sargento ha de tener miramientos conmigo esa señora?

ELISA. ¿Y en tantas horas no habeis encontrado otro albergue donde tomar algun refrigerio?

STÉFANO. No habia mas que este donde yo pudiera encontrar á Elisa.

ELISA. Conque era por ella, señor lisonjero?

STÉFANO. ¿Por quién sino por tí decia yo á mi gente:

adelante, adelante; he aquí las ocasiones en que vale algo mandar en gefe.

ELISA. El buen Stéfano! En premio de las lindezas que me habeis dicho, voy á traeros algo que comer.

STÉFANO. No; comenzad por mis camaradas: ellos que no están enamorados tienen mas apetito. Conque despachad cuanto antes, Elisa mía.

ELISA. Elisa mía! se cree ya mi marido...

STÉFANO (*Abrazándola*). Todavía no; pero mañana...

ELISA. Dejadme; vaya, no sé qué es lo que quereis decir con eso; mas ¿no oís como vuestros compañeros se impacientan?

SOLDADOS (*Dentro, golpeando sobre las mesas*). ¡Ah de casa! Ola! Quién sirve aquí?

ELISA (*Desasiéndose con zalamería de los brazos de Stéfano*). Ois cuanta bulla meten? pues con todo eso son mas juiciosos que vos. Voy á ver lo que piden y despues traeré aquí lo mejor para vos. Jesus! qué baraunda! Allá voy (*Marcha corriendo*).

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* ELISA.

MILORD. Y yo, sargento, con vuestro permiso vuelvo á buscar á milady, que es capaz de morirse de miedo. Yo la dije: serenaos, voy á ver; pero ella contestaba: milord, no me dejeis sola, estoy atacada de los nervios, y al mismo tiempo me cerraba el paso amorosamente, muy amorosamente: por eso he tardado mas en salir.

STÉFANO (*Sonriéndose*). Ved cómo el miedo nos suele librar de ciertos apuros.

MILORD. Miedo! eso es bueno para las mujeres (*Continua hablando mientras que Stéfano mira por la puerta de la derecha si vuelve Elisa, y torna despues á sentarse junto á la mesa*): mas para nosotros, señor sargento, vos militar y yo inglés, en quienes el valor está vinculado... (*Se percibe el ruido de una silla que se cae en el gabinete de la derecha.*

Milord, asustado, hace un gesto estrambótico). Por S. Jorge! No habeis oido?

MARQUES (*Bajo á Bepo, en el gabinete*). Torpe!

STÉFANO (*Con serenidad*). Ese es el ruido de un mueble que ha venido al suelo.

MILORD. Pero no estamos aquí solos?

STÉFANO. Sin duda, milady ó su camarera...

MILORD. Qué camarera ni que droga?... El ruido no ha salido por aquel lado.

STÉFANO (*Sentado*). Estais seguro?

MILORD. (*Inquieto y mirando*). Seguro... seguro... eso es precisamente lo que no estoy. Lo que estoy es bien persuadido de que ese golpe no ha sonado en el cuarto de milady.

BEPO (*Aparte á sus compañeros*). Somos perdidos!

MILORD. ¿No sería mas prudente reconocer lo que pasa allá abajo?

STÉFANO (*Levantándose*). Se puede ver.

MILORD. (*Invitándole á pasar*). Efectivamente, veamos.

STÉFANO. Pero si no moveis la planta...

MILORD. La maldita costumbre: yo siempre he servido en ejércitos de reserva, y tengo grande aficion á la retaguardia.

BEPO (*Viendo á Stéfano que va derecho al gabinete*). Viene á nosotros!

MARQUES. No importa. Dejadme hacer y no os presenteis.

(*En el momento de acercarse Stéfano al gabinete, el marqués abre la puerta y sale volviendo despues á cerrarla*).

ESCENA IX.

STÉFANO, MILORD, EL MARQUES.

MILORD. Gran Dios!

STÉFANO. Un hombre en ese cuarto!

MARQUES (*Con el dedo en la boca*). Chis! silencio!

MILORD. El señor marqués!

STÉFANO. El caballero que vino aquí ayer tarde!

MILORD. El mismo!

STÉFANO (*Con viveza y en vos alta*). ¿Pero qué mil

diablos ha venido á hacer aquí á estas horas?

MARQUES (*A media voz*). Silencio, señores; tengo motivos importantes para ocultar mi persona.

STÉFANO. Qué motivos?

MILORD. Sí, vamos á ver; qué motivos?

MARQUES (*Afectando embarazo*). No puedo revelarlos en este momento. Figuraos que fuese una cita amorosa...

STÉFANO Y MILORD. Cielos!

MARQUES (*Colocándose entre los dos*). Fio tanto en vuestra discrecion, que no tendria inconveniente en depositar en ella mi confianza.

STÉFANO. Acabad.

MILORD. Eso es lo que digo yo tambien: acabad.

MARQUES. Pues bien, señores; entre nosotros bien puede decirse todo: tengo una cita.

MILORD (*Aparte y haciendo un movimiento grotesco*). Sopla vivo! si será con mi esposa!

STÉFANO (*Aparte*). Horrible sospecha! Ah! Elisa, Elisa!

MARQUES. Me divierte su cólera.

BEPO (*En el gabinete*). Soberbio golpe!

JACOBO (*Lo mismo*). Esto se llama matar dos pájaros de un tiro.

MILORD. Señor mio, ya en este caso necesitamos saberlo todo. De noche... con ese misterio ¿quién es el objeto de vuestra aventura?

STÉFANO (*En voz baja con aire amenazador*). ¿Será por Elisa?

MILORD (*Del mismo modo, por el lado opuesto*). ¿Será por Milady?

MARQUES. Poco á poco, señores... con qué derecho se me interroga de esa suerte? ¿No soy yo acaso el dueño de mis secretos?

MILORD. Quién es ella?

STÉFANO. Por cuál de las dos?

MARQUES (*Riéndose*). Ja, ja, esto es muy divertido. Puede ser que por ambas.

MILORD. En duda tan afrentosa...

STÉFANO. Es indispensable una esplicacion inmediata, aquí mismo.

MARQUES (*Aparte con alegría y mirando alternativa-*

mente á uno y otro). Graciosa venganza estoy tomando de mis enemigos (*Llamando aparte á Milord*). Por vos mismo, Milord, no deis lugar á un escándalo! Me han seducido ciertamente los hechizos de milady y este bello retrato, prenda de mi constancia... (*Sacando de su bolsillo el medallon y enseñándosele*).

MILORD. Truenos y culebrinas!.. nos veremos.

MARQUES (*Con frialdad y en voz baja*). Cuando gusteis. Basta! (*Llevando aparte á Stéfano é indicándole á milord*). Yo trataba de ocultar á los ojos del inglés vuestra derrota, mas si absolutamente os empeñais...

STÉFANO. Sí, lo exijo.

MARQUES. Pues bien, yo estaba allí y venía por ella...

STÉFANO. Su nombre! Su nombre!

MARQUES (*Con aplomo*). Por Elisa.

STÉFANO. Ira de Dios!

MARQUES. Supongo que comprendereis...

STÉFANO (*Descompuesto*). Vendido por ella? Y yo lo he de sufrir? Corramos!

MARQUES (*Deteniéndole por una mano*). Tened entendido que yo no quiero que esta confesion la perjudique.

STÉFANO. Esto mas!.. vos la defendeis!

MARQUES. La defiendo sí, y á todo trance.

STÉFANO (*Resueltamente y mirando al marqués con un furor reconcentrado*). Pues bien, señor marqués, si teneis corazon como teneis lengua para ultrajar á un pobre soldado...

MARQUES (*A media voz*). Entiendo! Mañana á las siete: solo: en las rocas negras...

STÉFANO (*Del mismo modo*). Está dicho.

MARQUES (*Aparte con alegría*). No volverás mas, yo te lo aseguro, los mios vengarán en aquel precipicio la muerte de mis camaradas.

MILORD (*Hablando con sigo mismo, en tono de afliccion*). Pues señor, bonito viaje. ¿Y con que cara digo yo ahora que tengo el honor de ser inglés?

ESCENA X.

DICHOS, PAMELA *saliendo de su cuarto*, ELISA *por la parte opuesta. Coro de lacayos de milord con hachas encendidas, mozos y criadas de la posada.*

MUSICA.

PAMELA. Oh ruido de mil diablos!
qué pasa por aquí?
ELISA. Ya está todo dispuesto:
Stéfano venid.
CRIADOS. Qué ocurre?
CRIADAS. Qué sucede?
CORO. Sepamos algo al fin.
MILORD (*Haciendo retirar al coro al fondo de la escena*).
Atras! esto no importa
á nadie mas que á mí.
PAMELA Y ELISA (*una á milord y otra á Stéfano*).
Qué rostro tan sombrío!
Por qué mirarme así?
STÉFANO Y MILORD (*Ap.*)
Traidora!
PAMELA. Cómo, esposo!
MILORD. Apártate de mí
desde hoy nos separamos
per sœcula sin fin.
PAMELA. Decidme por que causa.
MILORD. Porque lo quiero así.
ELISA. Stéfano!.. Qué es esto?
STÉFANO. Por Dios, dejadme, huid!
ELISA. Qué embrollo nos enreda?
STÉFANO. Mujer, mujer al fin!
por vos, por vuestra fama
sellar quiero, infeliz,
mis labios, donde brotan
las quejas mil á mil.
ELISA. Esplícate.
STÉFANO. Insensata
qué mas he de decir?

te vuelvo tu palabra:
apártate.

ELISA. Ay de mi!

STÉFANO (*Dirigiéndose al marqués en voz baja*).
Sobre las rocas negras...

MARQUES. Lo dicho, hasta morir.

ELISA. ¡Que mal paga el ingrato
mi amante frenesí:
ya solo la esperanza
me resta de morir!

STÉFANO. Traicion, traicion horrenda!
¿qué resta al infeliz
que todo lo ha perdido?
morir, solo morir.

MARQUES. Celoso, exasperado,
por fuerza ha de acudir,
y allá en la rocas negras
venganza hallaré al fin.

MILORD. Quisiera hallar castigo
igual á su desliz;
la dejo, y con su dote
me largo á mi pais.

PAMELA. Milord, mucho me ofende
con su sospecha ruin;
mas pronto, por mi vida,
se habrá de arrepentir.

CORO. Amigos, ellos solos
se entienden entre sí:
nosotros, pues, debemos
volvernos á dormir.

(*Milord quiere entrar en su cuarto: Pamela le estorba el paso y le detiene. Stéfano que va á lanzarse por la puerta de la derecha, es detenido por Elisa que le conjura todavía á que la escuche. Bepo y Jacobo entreabren la puerta del gabinete, en ademan de escapar: el marqués estiende la mano hácia ellos haciéndoles seña para que aguarden todavía. Cae el telon.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un paisage pintoresco: á la izquierda la fachada accesoria de la posada con puerta y ventana practicables y algunos árboles en la inmediacion: á la derecha mesa y banco de piedra: mas allá un bosquecillo. En el foro una montaña con diferentes senderos y en una de las últimas mesetas una ermita con campanario.

ESCENA I.

ASTOLFO, TIÉPOLO Y CORO DE BANDIDOS, *replegados como en acecho sobre el bosquecillo de la derecha. Es de noche.*

MUSICA.

CORO. Mucho silencio, mucho cuidado,
que no nos lleguen á sorprender
hay que esperarle, pues lo ha mandado
y cuando él manda no hay que temer.

(*Oyese un silbo prolongado y débil en lo alto de la montaña: el coro presta atencion en silencio y aparece*

Fra-Diávolo descendiendo desde la cumbre.)

ESCENA II.

DICHOS, Y FRA-DIÁVOLO.

DIÁVOLO (*En la montaña*).
Nadie aquí escapa
de mi poder:
soy aquí el dueño,
soy aquí el rey.

CORO. Ya el diablo baja por aquel lado
si él nos proteje, no hay que temer.

DIÁVOLO (*Acabando de descender*).
Mucho silencio, mucho cuidado,
que no nos lleguen á sorprender.

CORO. Mucho silencio, grande cuidado
listos los ojos, prontos los pies.

DECLAMACION.

DIÁVOLO. Así me gusta camaradas, siempre puntuales.

ASTOLFO. Siempre obedientes á las órdenes de nuestro bravo capitan.

DIÁVOLO. Ya no tardará en ser de dia y necesito hallarme desembarazado de una persona que acudirá sin falta á las siete al estrecho de las rocas negras.

TIÉPOLO. Allí estaremos, capitan.

ASTOLFO. Pero... la filiacion de esa persona?

DIÁVOLO. ¿Conoceis al sargento de la partida que nos persigue?

ASTOLFO. Basta, capitan: podeis contarle con los difuntos.

DIÁVOLO. No quiero sangre: un buen susto y basta; por lo tanto os limitareis á tenerle bien asegurado mientras yo doy aquí el verdadero golpe.

ASTOLFO. Teneis alguna otra cosa que advertirnos?

DIÁVOLO. Que se quede ahí á la vista Tiépolo con

otro camarada por si me fueran necesarios.

ASTOLFO. Nada mas?

FRA-DIÁVOLO. Nada mas.

ASTOLFO. Camaradas! por el atajo: al desfiladero de las rocas negras.

ESCENA III.

FRA-DIAVOLO: LOS DOS BANDIDOS, *escondidos.*

Está celoso, es valiente y acudirá al lugar señalado. Ah...! yo prometo al señor Stéfano que esta vez no se nos escurrirá de entre las manos.

MUSICA.

En toda esta comarca
mi voluntad es ley:
diciendo yo: esto quiero:
quién se resiste, quién?
Me entrega sus escudos
temblando el mercader:
me rinde el potentado
su estúpida altivez.
Allí baja un banquero,
corred, bravos, corred,
y en su repleta bolsa
no quede un alfiler.
Muchachos...! allí viene
un asentista: á él!
es ave de rapiña,
á desplumarle, pues.
Un peregrino es este:
—hermano... qué traeis?
—Cansancio y hambre.—Hambre?
Pues dadle de comer.
—Te sobra á tí...? pues daca
lo que otro ha menester:
te falta á tí...? pues toma,
mendigo y hártate.
Con este toma y daca,

supremo árbitro y juez
yo mido á cada uno
conforme á lo que es.
Pero si una muchacha preciosa
cae en la red...
por mi vida, que entonces la cosa
toma otro ver.
En toda esta comarca
mi voluntad es ley:
diciendo yo: esto quiero:
quién se resiste, quién?

DECLAMACION.

Ja, ja!.. Para aventuras galantes, nosotros los bandoleros de la Calabria. Pero el alba se viene á mas andar y no veo parecer por aquí á Bepo y Jacobo, á quienes dejé de esploradores. Lo peor del caso es que yo no puedo presentarme en la posada, porque permanece allí todavía el destacamento y con él ese maldito molinero que me conoce. ¡Un ingrato á quien yo puse en libertad sin rescate alguno! me servirá de leccion (*Escucha un momento*). En fin, tenemos que recurrir al mensajero convenido, al hueco de ese árbol. (*Designando uno de la derecha. En seguida llama en voz baja á los dos bandidos que se han quedado entre los árboles del bosquecillo*). Tiépolo!

TIÉPOLO. Presente, mi capitan.

DIÁVOLO. Una luz.

TIÉPOLO (*Dirigiéndose al otro bandido*). La linterna sorda.

DIÁVOLO. Eso es, alumbra (*Saca un librito de memorias, arranca una hoja y escribe en ella á la luz de la linterna*). Corriente. Ahora volveos á vuestro puesto (*Tiépolo y su compañero se retiran*). No conviene que vean ciertas operaciones por completo (*Dobla la hoja escrita y la coloca en el hueco del árbol*). A Bepo y Jacobo: unas cuantas palabras que ellos solos podrán comprender. Ahora recapitulemos: el posadero debe regresar muy en

breve con su yerno para celebrar el enlace de Elisa: luego el destacamento lejos de aquí y Stéfano asegurado en las rocas negras. Golpe seguro! Mientras se celebra la ceremonia en la capilla, los billetes de banco del inglés, sus joyas y hasta milady... Sí: ¿qué inconveniente puede haber en invitarla á pasar algun tiempo con nosotros en la montaña? Debe ser sumamente grato para una inglesa el referir una aventura de este calibre en los altos círculos de Londres (*Cambiando los tonos de voz*). Ah, querido mío, qué horror! Yo fuí robada en Terracina por unos bandidos lo mas amables y respetuosos.—De veras?—Os lo juro.—Y oyendo esto no habrá una rubia en toda Albion que no desee hacer un viaje por Italia. (*Percíbese débilmente en la ventana la voz de Pamela que entona la barquerola del primer acto*).

ESCENA IV.

DICHOS, PAMELA.

DIÁVOLO. Mas... calla! esa es su voz, la voz de milady que canta mi barquerola... Ah!... ya caigo: esa ventana pertenece al corredor de su gabinete. Prestemos atencion y prevengámonos para sacar, si es posible, algun partido. (*Se abre la ventana y aparece milady en ella, cantando la barquerola*).

PAMELA. Mientras tú el mar profundo
libre atraviesas,
yo sufro por tu causa
yugo y cadena.
Quiera la suerte...

DIÁBOLO (*Acabando la frase musical*).
Convertirme en esclavo?
ya me convierte.

DIÁVOLO (*Al pié de la ventana*). Milady. (*Ap.*) Con esto no contábamos.

PAMELA (*Asomándose*). Quién me llama?

DIÁVOLO. ¿Desconoceis á vuestro maestro, ingrata discípula?

PAMELA. Sois el marqués?

DIÁVOLO. El mismo, milady; que pasa la noche suspirando al pié de vuestras celosías.

PAMELA. Pero es el caso, amigo marqués, que vuestros suspiros tienen la culpa de que milord...

DIÁVOLO. Está ahí con vos?

PAMELA. No: afortunadamente me encuentro sola, pero prisionera.

DIÁVOLO. Será posible?

PAMELA. Que si es posible? Yo no sé qué diablos ha pasado esta noche, que milord se ha puesto furioso y me ha dejado sola y encerrada debajo de llave.

DIÁVOLO. Que indignidad!... Pero me ocurre una idea, en venganza de tan ridículos celos.

PAMELA. A deciros verdad, me tienen soberamente aburrida.

DIÁVOLO. ¿Consentireis en que le demos un buen chasco?

PAMELA. Bien merecido se lo tiene.

DIÁVOLO. Pues aguardad un breve instante. (*Se dirige al foro, donde están los dos bandidos, y les dice en voz baja*). Necesito escalar esa ventana.

TIÉPOLO. Nada mas fácil (*Sacando esa escala de cuerda*). Aquí teneis una escala.

DIÁVOLO. Perfectamente; veo que sois mozos de provecho. Venga acá y silencio. ¿Veis brillar una falda en la ventana?

TIÉPOLO. Deliciosa falda!

DIÁVOLO. Yo lo creo: como que está entretelada con billetes de banco.

TIÉPOLO. Miel sobre hojuelas (*Se retira de nuevo con su compañero*).

DIÁVOLO (*Al pié de la ventana*). Hermosa milady... aquí estoy otra vez.

PAMELA. Qué es lo que intentais?

DIÁVOLO. Libraros inmediatamente de esa enojosa cárcel.

PAMELA. Por qué medio?

DIÁVOLO (*Arrojando la escala á la ventana*). Por esa otra ventana. Aquí traigo esta escala: amarrad-

los garfios del estremo á los hierros de la balaustrada y descended sin temor.

PAMELA. Que descienda por esta escala? ¿Estais en vuestro juicio? ¿Pensais que se hace esto como cantar barquerolas?

DIÁVOLO. Intentadlo y vereis que no es tan difícil como os parece.

PAMELA. De ningun modo. ¿Qué se diría si se llegara á saber?...

DIÁVOLO. Pero como no se sabrá nada.

PAMELA. Eso es lo que no podeis asegurar. Si algun indiscreto estuviese observando...

DIÁVOLO. Es de noche todovía y... palabra de caballero, milady, no se ven los dedos de la mano.

PAMELA. Si no se viera efectivamente!

DIÁVOLO. Repito que podeis descender sin miedo alguno; el amor, que ya sabeis que es ciego, os espera al pié de la ventana para acojeros en sus brazos.

PAMELA. Puesto que no se habría de ver, bajaría: pero me asusta eso de los brazos del amor. Solo deseo dar una leccion á mi esposo; de ningun modo hacerle un agravio.

DIÁVOLO. Como querais, milady: estoy á vuestro servicio.

PAMELA. Entonces me fio de vos, marqués.

DIÁVOLO. Venid por este lado. Bajad, bajad. (*Ap.*) Al fin es mia.

PAMELA (*Bajando por la escala*). ¡Oh cómo va á rabiar milord cuando se encuentre sin el pájaro!

DIÁVOLO (*Riéndose*). Ja, ja! de esta hecha se va á colgar de un pino.

PAMELA (*Sobresaltada*). ¿Qué es lo que veo, marqués? ese trage...

DIÁVOLO. Es mi disfraz de aventuras. Comprendereis que para andar por estos contornos, en medio de la noche...

PAMELA. De la misma suerte se hallaban vestidos los bandidos que nos asaltaron.

DIÁVOLO. ¡Y yo que creía presentarme así mas interesante á vuestros ojos!

PAMELA. No, no, marqués: os confieso ingénuamente que con ese disfraz me infundís miedo.

DIÁVOLO. Con todo: ese miedo no impedirá que accedais á que emprendamos juntos una espedicion por la montaña. Está amaneciendo y el campo se presenta á estas horas tan delicioso, en la estacion de las flores!... (*Amanece*).

PAMELA. Qué es lo que osais proponerme? De ningun modo. Lo que hareis es acompañarme hasta la puerta principal de la posada: llamaremos á la jóven Elisa, y ella me proporcionará donde ocultarme, mientras milord se desespera por mi fuga. (*Preludio lejano del coro en la montaña*). Pronto, marqués: esa debe ser ya la gente de la boda y no es justo que nos encuentren á estas horas solos en el campo. (*Va á marchar rodeando el edificio y Fra-Diávolo se opone al paso resueltamente*).

DIÁVOLO. (*Ap.*) Los momentos son decisivos.—Deteneos, milady.

PAMELA. Qué significa esto? Me estorbais el paso?

DIÁVOLO. Partamos, sí; mas por el lado opuesto.

PAMELA. A donde?

DIÁVOLO. A la montaña.

PAMELA. Qué osais proferir?

DIÁVOLO. De grado ó por fuerza: toda resistencia será inútil.

PAMELA. Apartad, apartad! ese tono de voz! qué horrible sospecha!... Si fuérais verdaderamente un bandido. (*El coro se va percibiendo distintamente*).

DIÁVOLO (*Llamando*). Ola! muchachos, aquí! (*Aparecen los dos bandidos*).

PAMELA. Sí!... ese trage... esos hombres... Soy perdida! (*Gritando.*) Milord socorro, socorro!

DIÁVOLO (*Poniéndola un pañuelo en la boca*). Silencio!

PAMELA. Ah! (*Cae desmayada en los brazos de Fra-Diávolo*).

DIÁVOLO. Se ha desmayado: no perdamos tiempo: ayudadme á cargar con este tesoro. Por ese lado: á la casita del bosque. (*Llevan á Pamela entre los tres por entre los árboles de la derecha*).

ESCENA V.

MATEO, FRANCISCO, *aldeanos de ambos sexos, viniendo de lo alto de la montaña: todos con ramos en las manos y en los sombreros.*

MUSICA.

CORO.

Ya se anuncia florida
la primavera,
bordando de colores
nuestra pradera.
Bajad al valle,
serranos y serranos
de lindo talle.
La risa en los labios,
los ojos brillantes,
anuncien alegres
los dulces solaces:
dejad al invierno
los negros pesares,
la fiesta os convida,
venid, pues, al baile,
serranos y serranas
de lindo talle.

ESCENA VI.

DICHOS, *en la montaña.* BEPO Y JACOBO, *saliendo de la izquierda junto á la posada.*

DECLAMACION.

JACOBO. Acabarás de llegar, perezoso?

BEPO. Nunca viene mal á las gentes de nuestro oficio una hora de sueño adelantada.

JACOBO. Por el alma de Judas!... Pensar en dormir cuando Fra-Diávolo nos aguarda. (*Deteniéndose hácia el bosque de la izquierda*). Pero, qué estoy mirando?... Allí tenemos á todo el lugar.

Bepo. Sí, hoy es gran dia de fiesta; la Pascua florida; y á pesar de esto tú no tienes ni un miserable ramo en el sombrero. ¿Pretendes que lo pasemos mal?

Jacobo (*Cegiendo una rama de un árbol*). Dios me guarde! Hace mucho tiempo que Jacobo es conocido por su fervor religioso.

Coro (*Entrando en la casa*):

Pues se anuncia florida
la primavera,
bordando de colores
nuestra pradera,
vamos al valle
las mozas
á bailar con
los mozos
de lindo talle.
(*Entran en la casa*).

ESCENA VII.

Jacobo y Bepo.

DECLAMACION.

Jacobo. Se alejan (*Mirando las avenidas del monte*). Ves tú al capitan?

Bepo. No: tal vez haya partido ya.

Jacobo. Ya sabes que nos previno, que si no pudiese vernos, nos dejaría sus instrucciones en el hueco de un árbol.

Bepo. Es verdad. Aquí hay alguna cosa. (*Sacando el papel del hueco del árbol*).

Jacobo. Uu papel!

Bepo. Y con letra suya.

Jacobo. Leamos.

Bepo (*Entregándole el papel*). Lee tú mismo.

Jacobo (*Leyendo*). «Así que los soldados y la gente «de la boda hayan partido, me avisareis tocando «la campana de la hermita. Yo acudiré entonces «con algunos de los nuestros y me apoderaré de

«los diamantes y los billetes delinglés y su esposa. «Contad conmigo.»

BEPO. Esto está bien claro.

JACOBO. Claro ú oscuro, él lo dice y hay que ejecutarlo al pié de la letra: conque á espiar la marcha de los carabineros.

BEPO. No se dilatará mucho: acabo de verlos dispuestos para la espedicion.

JACOBO. Tanto mejor.

BEPO. Hay, sin embargo, en todo esto una cosa que me embaraza... Atacar á ese milord en dia de fiesta...

JACOBO. Si fuese un cristiano... pero un inglés! Esto debe asegurarnos la indulgencia plenaria para el resto del año.

BEPO. Tienes razon: que el cielo sea en nuestra ayuda.

JACOBO. Aquí tenemos á nuestro hombre, el sargento Stéfano. Vaya una cara de requiem!... y cómo suspira. Ven, dejémosle.

BEPO. Sí, pero sin perderlo de vista.

ESCENA VIII.

STÉFANO, *saliendo de la posada.*

MUSICA.

Siempre por tí, me dijo la traidora,
suspirará mi amante corazon:
á otro ama ya, y aun arde abrasadora
la llama aquí de mi fatal pasion!
Marchemos, pues, donde el honor me guía:
quiero olvidar su infame defeccion:
yo la odio, sí... mas arde todavía
la llama aquí de mi fatal pasion!

DECLAMACION.

Y yo me he contenido! yo tuve el valor de perdonarla, cuando podía en alta voz, delante de su padre,

delante de todo el mundo, echarle en cara su traicion. Pero, ¿qué es lo que yo pronuncio, Dios mio? deshonrar á la que amo... perderla... jamás! No, no, que sea feliz si puede serlo: á lo menos no oirá de mis labios quejas ni reproches.—Ya se aproxima la hora señalada... iré... sí, iré á hacerme matar por ella y esta será mi única venganza.

ESCENA IX.

STÉFANO, MATEO, ELISA, MOZOS.

MATEO. Ea muchachos, poned ahí una mesa y sacad vino. Los convidados y los carabineros querrán echar un trago antes de marchar. La tropa siempre tiene sed.—Vamos, prontito porque el novio nos espera y estará impaciente. (*Mateo va y viene durante esta escena. Los mozos colocan una mesa á la derecha. Elisa entretanto se acerca á Stéfano*).

ELISA (*Con timidez*). ¡Oh cuanto me alegro que esteis aquí!.. Os he buscado con tanto ahinco! Parece que no habeis reparado que mi padre está ya de retorno...

STÉFANO. Ya lo veo.

ELISA. Y que Francisco ha venido con él.

STÉFANO. Francisco!

ELISA. Todo está dispuesto para nuestro enlace.

STÉFANO (*Ap.*) Tanto mejor!

ELISA. Y ya os hareis el cargo... Si vos no hablais, si no os dignais esplicar vuestra estraña conducta...

MATEO (*Desde el costado opuesto*), ¿Qué es lo que haces ahí, muchacha? No piensas venir á ayudarme?

ELISA. Aquí estoy, padre mio, para lo que gusteis mandar.

ESCENA X.

DICHOS, BEPO, JACOBO.

BEPO (*Sentándose en el banco de piedra*). Desde aquí

podemos observarlo todo.

ELISA. Decidme con franqueza la verdad, Stéfano. ¿Qué habeis notado en mí para rechazarme de esa suerte?

BEPO Y JACOBO (*Golpeando sobre la mesa*). Vamos, muchacha, aquí: de beber!

MATEO. Hola, hola! No oyeusted que la están llamando?

ELISA (*Con impaciencia*). Ya van. (*Hace señal á un mozo, que lleva vino á Bepo y Jacobo y ella vuelve al lado de Stéfano*).

ESCENA XI.

LOS PRECEDENTES: UN SOLDADO.

SOLDADO. Cuando dispongais, mi sargento; la gente está toda dispuesta.

MATEO. Qué es esto? Vais ya á comenzar la campaña?

SOLDADO. Hace ya tiempo que ha salido el sol: van á dar las siete.

STÉFANO (*Ap.*) Qué es lo que oigo! (*Al soldado*). Sí partamos; pero escucha primero. Despues que salgamos de aquí, me aguardareis al pié de la montaña un cuarto de hora y si dentro de él no parezco toma tú el mando de la partida.

MATEO. Cómo!.. solo, en medio de esas rocas...

STÉFANO. Me llama el honor.

BEPO (*Aparte á su compañero*). Va á correr á la muerte.

ELISA. Yo no debo dejarle partir de ese modo. Es preciso que... (*Con intencion de dirigirse hácia Stéfano: en este momento llegan los aldeanos y se lo estorban*).

ESCENA XII.

DICHOS, MILORD, FRANCISCO, SOLDADOS Y ALDEANOS: *estos con ramos*

MUSICA.

CORO *de aldeanos.*

Ya el tamboril anuncia
la dicha y el placer;

marchemos a la boda,
marchemos en tropel.

CORO *de soldados.*

Redoblen los tambores,
marchar es menester:
corramos á ceñirnos
la frente de laurel

MATEO (*á Elisa*).

En marcha: ya el novio
te aguarda impaciente:
ya toda su gente
se encuentra con él.

ELISA (*Ap.*) Oh Dios! Para siempre
murió mi esperanza...
(*Viendo á Stéfano dispuesto á marchar*).
¿Por qué tal mudanza
ingrato, por qué?

STÉFANO. Traidora!

ELISA (*En voz baja*). Esplicaos.

STÉFANO. ¿Quereis imprudente
que todo lo cuente?

ELISA. Pues no he de querer?

STÉFANO. Quereis que publique?...

ELISA. Yo pierdo el sentido.

STÉFANO. ¿Que anoche escondido
estaba el marqués;
y añada en seguida
que Elisa la bella,
la pura doncella
estaba con él?

ELISA (*Trastornada*).

Oh Dios, que es lo que escucho!
Piedad, piedad, Señor!
¡Con mil angustias lucho
de cólera y horror!

(*Stéfano que se ha separado bruscamente de ella se dirije á los soldados que están en el foro y los forma en batalla*).

JACOBO (*Sentado y bebiendo con Bepo*).

Se van?

BEPO. Así parece.

JACOBO (*Llamando estrepitosamente*).
Mas vino... voto á San!
(*Al volver repara en Elisa y dice á su compañero*).
Mas calla... aquí tenemos
la chica celestial
de anoche.

BEPO. Buen bocado!

JACOBO. Pero valiera mas
á no alabarse tanto
de propia autoridad.

BEPO. Recuerdas sus palabras?

JACOBO. Pues no he de recordar?
«Que es lindo mi talle
me dice mi novio;
y el espejo?... bravo!
me dice lo propio.»

ELISA (*Observándoles con disimulo*).
Que eschucho, Vírgen Santa!
algun lazo infernal
es este...

BEPO. Sí, las mismas:
bebamos... Ja, ja, ja.

ELISA. Misterio tan estraño
no puedo comprender
Oh! ven en mi socorro
Vírgen del cielo, ven!

MATEO Y EL CORO DE ALDEANOS.
Ya el tamboril anuncia
la dicha y el placer:
marchemos á la boda,
marchemos en tropel.

SOLDADOS. Redoblen los tambores
marchar es menester:
corramos á ceñirnos
la frente de laurel.

STÉFANO. Al punto de este albergue
partir es menester.
Partir y para siempre!
Destino harto cruel!

BEPO Y JACOBO. Magnífico! Se marcha:
el plan camina bien:

muy pronto será nuestro
el oro del inglés.

MILORD (*Con una llave en la mano*).
Milady bajo llave
se encuentra, justo es,
que pague en el encierro
los cantos del marqués.

DECLAMACION.

STÉFANO (*Al frente de los soldados*). Armas al hombro... franco derecho... marchen. (*Los soldados se ponen en marcha. Mateo toma la mano de su hija y señala los convidados que se disponen tambien á partir, mas ella desprendiéndose repentinamente se lanza con ademan resuelto en medio de la escena. Durante este tiempo la orquesta finaliza la anterior pieza musical*).

ELISA. Deteneos, deteneos todos... y escuchadme!

TODOS (*Rodeándola*). Qué la sucede!

ELISA (*Mirando á Stéfano que ha vuelto al lado de ella*). Ignoro el orígen de las sospechas de que soy objeto y he procurado en vano esplicármelo; pero sé que anoche estuve sola en mi cuarto. (*Con dignidad y fijándose en Stéfano*). Sí, sola! En esa ocasion, mientras yo pensaba en las personas que me son mas queridas, recuerdo haber pronunciado ciertas palabras que solo Dios debia haber oido. Esas palabras, sin embargo, acaban ahora de repetirse cerca de mí.

STÉFANO. Por quien?

ELISA (*Designando á Bepo y Jacobo*). Por esos dos hombres. Ellos, pues, se hallaban anoche inmediatos á mi persona.

STÉFANO. En qué sitio?.. Con qué intencion? Es preciso averiguarlo. Que se los asegure inmediatamente,

MATEO. Sí, sí, muchachos apoderaos de ellos. Nunca me dieron á mí buena espina ese par de perillanes. (*Algunos mozos y soldados prenden á Bepo y Jabocó*).

MILORD. Ni á mí.

STÉFANO. ¿Serán por ventura de la cuadrilla que andamos persiguiendo? (*Haciendo acercar á un paisano*). Tú que conoces al capitan de los bandidos y has dado palabra de designárnosle, mira bien y habla sin miedo... Es alguno de estos?

PAISANO (*Despues de examinarlos*). Ninguno de los dos es Fra-Diávolo.

BEPO Y JACOBO. (*Ap.*) Podemos respirar.

STÉFANO (*Mirándolos*). Sin embargo no dejan por eso de serme sospechosos.

MILORD. Ni á mí.

MATEO (*Enseñando á Stéfano dos puñales y un papel*). Aquí teneis las armas que se les han encontrado, y ademas este billete.

STÉFANO (*Tomando vivamente el papel*). Leamos.

MILORD. La cosa va tomando proporciones.

STÉFANO (*Leyendo*). Así que los soldados y la gente de la boda hayan partido, me avisareis tocando la campana de la ermita. Yo acudiré entonces con algunos de los nuestros y me apoderaré de los diamantes y los billetes del inglés y su esposa.

MILORD. Cuerno!.. Este es un complot contra mí.

STÉFANO. Vengan acá esos miserables.

SOLDADO (*Conduciendo á Bepo y Jacobo*). Aquí los teneis mi sargento.

STÉFANO. Vais á decirme la verdad, sino quereis ser fusilados ahora mismo. ¿Quién os introdujo anoche en el cuarto de Elisa?

JACOBO. Señor militar...

STÉFANO. Sin mentir.

BEPO. Pues bien, yo lo diré en pocas palabras: asi como así soy nuevo en la cofradía y podré salvar el pellejo: el señor marqués.

TODOS (*Admirados*). El marqués!

STÉFANO. Dónde está ese personaje?

MILORD. Eso digo yo; dónde está ese personaje?

ELISA. Aquí no se halla.

MATEO. Debe encontrarse con milady en la posada.

MILORD. Poco á poco con esas indirectas, señor posadero. Puedo jurar y positivamente juro, por las

guardas de esta llave, que milady está sola, absolutamente sola.

STÉFANO. Y este papel, quien os lo dirije?

BEPO. El señor marqués.

STÉFANO. ¿De suerte, que ese hombre que se propone sorprendernos, es?...

BEPO. Fra-Diávolo!

TODOS (*Con terror*). Fra-Diávolo!

ELISA. Gracias, Dios mio!

MILORD. (*Aparte, con la llave en la mano*). Pues señor, queda bien justificada la encerrona.

STÉFANO. Ah! lo comprendo todo. Perdona, Elisa mia, mis injustas sospechas.

ELISA. Sí, sí: pero si vos no hablais, ya os he dicho antes.

STÉFANO. Señor Mateo; aquí, delante de todos, en estos momentos solemnes, os pido la mano de vuestra hija.

MATEO. Sí, pero mi palabra empeñada.

MILORD (*Aparte á Mateo*). Vuestra palabra? Hemos dado por ella diez mil francos.

MATEO. Me convenceis, milord; yo nada tengo de codicioso, pero es preciso que la razon... Despues de lo que he oido, despues de lo que estoy presenciando, no debo de ser causa de la desgracia de dos seres que se aman tan tiernamente (*Uniendo á Stéfano y Elisa*). Venid acá, picaruelos: teneis mi consentimiento y mi bendicion.

STÉFANO. Y para que el dia sea completo, vamos á apoderarnos en seguida de Fra-Diávolo.

ELISA (*A Stéfano*). Ah! eso será imposible.

STÉFANO. El mismo nos ha puesto los medios en la mano (*Dirigiéndose á un soldado, y señalándole á Bepo*). Sube inmediatamente á la ermita con esta buena pieza (*A Bepo*). Tú harás la señal que el papel indica, tocando la campana. (*Al soldado*). Si vacila, hazle caer redondo á tus plantas. (*A los soldados, que como todos los demas van ejecutando las órdenes respectivas*). Vosotros escondeos á prisa entre las rocas. (*A los aldeanos*). Y todos los demas, amigos mios, detras de esos árboles.

(*A Jacobo*). Tú permanecerás aquí solo, entiendes? (*Golpeando su carabina y señalando el bosquecillo de la izquierda*). Acuérdate que yo estoy allí y que á la primera sospecha...

JACOBO (*Temblando*). Muy bien.

STÉFANO. Vas á cenar con los difuntos. (*Se coloca detras de un arbol: Elisa y Milord se retiran hácia la izquierda, cerca de la posada. Bepo en el campanario empieza á tocar la campana lentamente. Jacobo permanece solo en medio de la escena*).

ELISA. Asoma alguno?

STÉFANO. No, todavia.

MATEO (*En el fondo del teatro sobre la primera eminencia*). Gente se acerca.

STÉFANO. Pues silencio.

(*En este momento se percibe la voz de Fra-Diávolo, detras de la montaña, cantando*).

DIÁVOLO (*Dentro*).

Nadie aquí escapa
de mi poder:
soy aquí el dueño,
soy aquí el rey.

STÉFANO (*Detras de un arbol y apuntando á Jacobo con su carabina*). Dile que no hay aquí nadie.

JACOBO (*Temblando*). Bajad, capitan, estamos solos.

STÉFANO. En voz mas alta.

JACOBO (*Volviendo la cabeza hácia el foro con ansiedad*). Sí, sí; podeis bajar sin recelo.

STÉFANO. Atencion, ya desciende.

(*Durante este pequeño diálogo entre Jacobo y Stéfano, Pamela disfrazada de bandido, con un traje parecido al de Fra-Diávolo, desciende, embozada en la capa y como recelosa: luego que se encuentra en el escenario, Stéfano se arroja sobre ella, cercándola tambien, los soldados que se levantan de entre las rocas, y los aldeanos armados de picos, palos, etc.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, PAMELA.

STÉFANO. Por fin has caido en mi poder, á pesar de todas tus astucias. (*El grupo de soldados y aldeanos abre paso á Pamela y aparece desembozada*). Cielos!... qué es esto?... Milady!

TODOS (*Asombrados*). Milady!...

MILORD (*Que se ha conservado algo distante se acerca decididamente hasta su esposa, levantando en alto la llave*). Eso no puede ser: la tengo encerrada debajo de llave. (*Reconociendo á su esposa, y retrocediendo como espantado*). Huy!

PAMELA. Pues he aquí, caro esposo, la inutilidad de encerrar á las mujeres.

STÉFANO. Pero nos esplicareis, milady?

PAMELA. Yo he sido robada esta noche por Fra-Diávolo.

STÉFANO. Mas ¿esa cancion que acaba de preceder á á vuestra bajada?

PAMELA. El famoso bandido ha estado tan galante que me ha acompañado hasta lo mas alto de esa montaña, desapareciendo en seguida, con la velocidad del rayo.

STÉFANO. Corramos, compañeros, á darle alcance.

PAMELA. Una palabra, antes, señor sargento. Por la luz que esto os pueda dar, bueno será que veamos lo que dice á milord, en este papel, que al separarse de mí puso en mis manos.

MILORD (*Muy sofocado*). ¡Yo en correspondencia con un bandido!... ¡Y con un bandido que viste de idem á mí esposa! Ah, milady, milady! cuando yo os decía que no me destrozaseis la cabeza con vuestras barquerolas!

PAMELA (*Dándole el papel*). Tomad.

MILORD (*Aparte y con malicia á su esposa*). ¿Creeis que podrá leerse esto en voz alta?

PAMELA. Sí, en voz alta.

MILORD (*Ap.*) No me llega la camisa al cuerpo. (*Lee.*)

«Os devuelvo á vuestra esposa, milord, tal cual os «la arrebaté de la posada, y os aconsejo que no «volvais á entretelar sus vestidos con billetes de «banco.» (*Hablando y mirando á Pamela.*) Sí, ya veo que esto tiene varias clases de inconvenientes. (*Continua leyendo*). «Despues de haberos he«cho la guerra, señor inglés, desaparezco de estos «lugares para hacérsela mas formal á vuestros «paisanos. Decid á esos pobres soldados que toda «persecucion contra mí será en lo sucesivo ente«ramente inútil, porque corro á borrar los estra«víos de mi vida pasada, alistándome en las ban«deras del ilustre general Bonaparte.—*Fra-Diá«volo.*»

MUSICA.

CORO. Puesto que huye á lejano confin,
ya tranquilos podemos cantar:
á la boda! comience el festin!
á beber, á reir, á bailar!

MILORD (*Contemplando á su esposa*).
Ese traje me llena de esplin:
no le puedo, milady, tragar.

PAMELA. Chaquetilla, calzon y botin;
propio traje, milord, de montar.

ELISA Y STÉFANO (*Dándose las manos*).
Ya las penas pasaron al fin:
nuestros votos se van á colmar.

TODOS. A la boda! comience el festin!
á beber, á reir, á bailar.

FIN.

APROBADA POR LA CENSURA.

[illegible]

[illegible]

Comisionados de la administracion de autores dramáticos y líricos.

Precio: 8 rs.

Albacete. . . .	Ruiz.
Alcoy.	Cort y Claur.
Algeciras . . .	Muro.
Alicante.	Lloret.
Almagro. . . .	Perez.
Almería	Iribarne.
Andujar	Caracuel.
Antequera . . .	Casaus.
Aranda de Duero.	Fontenebro.
Avila	Baquero.
Badajoz	Vda. de Carrillo.
Baeza.	Treviño.
Barbastro . . .	Ferraz.
Barcelona . . .	Saavedra.
Bejar	Luan.
Bilbao	Com. de negocios.
Burgos	Arnaiz.
Cáceres	Valiente.
Cádiz.	Vda. de Moraleda.
Calatayud . . .	Molina.
Cartagena . . .	Pedreño.
Castellon . . .	Gutierrez.
Carmona . . .	Marin.
Ceuta.	Molina é Ibañez.
Chiclana. . . .	Sibello.
Ciudad-Real . .	Vda. de Gallego.
Córdoba. . . .	Arroyo.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Daimiel	Camarena.
Ecija	Jimenez.
Ferrol	Lago.
Figueras . . .	Conte-Lacoste.
Gerona	Dorca.
Gijon.	Cuesta.
Granada. . . .	Fuensalida.
Guadalajara. . .	Sanchez.
Habana	Rodriguez Ojea.
Huelva	Ossorno.
Huesca	Guillen.
Jaen	Lopez.
Jerez de la F. .	Alvarez.
Leon	Gonzalez Redondo
Lérida	Zara y Suarez.
Linares	Treviño.
Logroño. . . .	Verdejo.
Lorca.	Gomez.
Lugo	Pujol y Macia.
Mahon	Vinent.
Málaga	Cañavate.
Mataró	Abadal.
Medina del Camp.	Cruz.
Murcia	Guerra.
Ocaña.	Calvillo.
Orense	Perez.
Orihuela. . . .	Bonet.
Oviedo	Longoria.
Palencia. . . .	Camazon.
Palma	Pascual.
Pamplona . . .	Rios y Barrena.
Pontevedra. . .	Verea y Vila.
Puerto de Sta. M.	Valderrama.
Reus.	Vidal.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca . . .	Oliva.
San Fernando . .	Tellez de Meneses
San Lorenzo . .	Delgado.
Sanlucar. . . .	Villar.
San Sebastian. .	Y. Baroja.
Santander . . .	Basañez.
Santiago. . . .	Escribano.
Segovia	Alejandro.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Tarazona . . .	Veraton.
Tarragona . . .	Pujol.
Teruel	Castillo.
Toledo	Hernandez.
Toro	R. Tejedor.
Torrevieja . . .	Vela.
Tudela	Yzalzu.
Trujillo	Bravo.
Ubeda	Treviño.
Valencia. . . .	Navarro.
Valladolid . . .	Gutierrez.
Vigo	Chao.
Vitoria	Robles.
Zafra	Oquet.
Zamora	Conde.
Zaragoza. . . .	Diaz.

La administracion se halla establecida en la plazuela de Santa Ana, núm. 20, *cuarto bajo, á cargo de D. José Maiquez.*